

Domingo XXIX del Tiempo Ordinario (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Ángelus 2013 – Audiencia 25.V.16 – Homilias en Santa Marta**
- **BENEDICTO XVI – Homilía 2010**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilias con textos de homilias pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Pere CALMELL i Turet (Barcelona, España)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

LA LECCIÓN SOBRE LA ORACIÓN CONFIADA

Ez 17,8-13; 2 Tm 3,14-4,2; Lc 18,1-8

No es exclusivo de nuestra época el proceder negligente de los burócratas y demás funcionarios públicos. Ya en el Evangelio, el Señor Jesús exhibe la actitud inicial de desinterés y prepotencia del juez que a las primeras de cambio, desoye los justos reclamos de la viuda. Como todo tiene sus límites, la tenacidad de la mujer doblega al juez sordo, que finalmente se ocupa de sus demandas. El Señor Jesús argumenta inteligentemente y nos muestra que Dios estará mucho más atento y disponible para responder a los ruegos y súplicas de sus hijos. Por contraste, el profeta Ezequiel compone una alegoría para exhibir la prepotencia del rey de Babilonia que dispone a su arbitrio del pueblo y de los nobles de Israel. El rey extranjero no tiene oídos sino para sí mismo y sus intereses, en cambio, el Dios de Israel mantiene siempre sus oídos atentos al clamor de sus fieles.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 16, 6. 8

Te invoco, Dios mío, porque tú me respondes; inclina tu oído y escucha mis palabras. Cuídame, Señor, como a la niña de tus ojos y cúbreme bajo la sombra de tus alas.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, haz que nuestra voluntad sea siempre dócil a la tuya y que te sirvamos con un corazón sincero. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Mientras Moisés tenía las manos en alto, dominaba Israel.

Del libro Éxodo: 17, 8-13

Cuando el pueblo de Israel caminaba a través del desierto, llegaron los amalecitas y lo atacaron en Refidim. Moisés dijo entonces a Josué: “Elige algunos hombres y sal a combatir a los amalecitas. Mañana, yo me colocaré en lo alto del monte con la vara de Dios en mi mano”.

Josué cumplió las órdenes de Moisés y salió a pelear contra los amalecitas. Moisés, Aarón y Jur subieron a la cumbre del monte, y sucedió que, cuando Moisés tenía las manos en alto, dominaba Israel, pero cuando las bajaba, Amalec dominaba.

Como Moisés se cansó, Aarón y Jur lo hicieron sentar sobre una piedra, y colocándose a su lado, le sostenían los brazos. Así, Moisés pudo mantener en alto las manos hasta la puesta del sol. Josué derrotó a los amalecitas y acabó con ellos. **Palabra de Dios.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 120, 1-2. 3-4. 5-6. 7-8

R/. El auxilio me viene del Señor.

La mirada dirijo hacia la altura de donde ha de venirme todo auxilio. El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. **R/.**

No dejaré que des un paso en falso, pues es tu guardián y nunca duerme. No, jamás se dormirá o descuidará el guardián de Israel. **R/.**

El Señor te protege y te da sombra, está siempre a tu lado. No te hará daño el sol durante el día ni la luna, de noche. **R/.**

Te guardará el Señor en los peligros y cuidará tu vida; protegerá tus ires y venires, ahora y para siempre. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

El hombre de Dios será perfecto y enteramente preparado para toda obra buena.

De la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo: 3, 14-4, 2

Querido hermano: Permanece firme en lo que has aprendido y se te ha confiado, pues bien sabes de quiénes lo aprendiste y desde tu infancia estás familiarizado con la Sagrada Escritura, la cual puede darte la sabiduría que, por la fe en Cristo Jesús, conduce a la salvación.

Toda la Sagrada Escritura está inspirada por Dios y es útil para enseñar, para reprender, para corregir y para educar en la virtud, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté enteramente preparado para toda obra buena.

En presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, te pido encarecidamente, por su advenimiento y por su Reino, que anuncies la palabra; insiste a tiempo y a destiempo; convence, reprende y exhorta con toda paciencia y sabiduría. **Palabra de Dios.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Hb 4, 12

R/. Aleluya, aleluya.

La palabra de Dios es viva y eficaz y descubre los pensamientos e intenciones del corazón. R/.

EVANGELIO

Dios hará justicia a sus elegidos que claman a él.

Del santo Evangelio según san Lucas: 18, 1-8

En aquel tiempo, para enseñar a sus discípulos la necesidad de orar siempre y sin desfallecer, Jesús les propuso esta parábola:

“En cierta ciudad había un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. Vivía en aquella misma ciudad una viuda que acudía a él con frecuencia para decirle: ‘Hazme justicia contra mi adversario’.

Por mucho tiempo, el juez no le hizo caso, pero después se dijo: ‘Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, sin embargo, por la insistencia de esta viuda, voy a hacerle justicia para que no me siga molestando’ “.

Dicho esto, Jesús comentó: “Si así pensaba el juez injusto, ¿creen ustedes acaso que Dios no hará justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche, y que los hará esperar? Yo les digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿creen ustedes que encontrará fe sobre la tierra?” **Palabra del Señor.**

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Concédenos, Señor, el don de poderte servir con libertad de espíritu, para que, por la acción purificadora de tu gracia, los mismos misterios que celebremos nos limpien de toda culpa. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Mc 10, 45

El Hijo del hombre ha venido a dar su vida como rescate por la humanidad, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Señor, que la frecuente recepción de estos dones celestiales produzca fruto en nosotros y nos ayude a aprovechar los bienes temporales y alcanzar con sabiduría los eternos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Cuando Moisés alzaba las manos, vencía Israel (Ex 17,8-13)

1ª. lectura

Junto a la falta de alimento y de agua, los israelitas tendrían que afrontar en el desierto los ataques de otros grupos que les disputarían los pozos o los pastos. La confrontación con los amalecitas enseña que el mismo Dios que les socorrió en las necesidades más perentorias, hambre y sed, les protege de los asaltos enemigos.

Los amalecitas eran un pueblo antiguo (cfr Nm 24,20; Gn 14,7; 36,12.16; Jc 1,16), que estaba diseminado por el norte de la península del Sinaí, el Négueb, Seír y el sur de Canaán, y controlaba

las rutas de caravanas entre Arabia y Egipto. En la Biblia aparece como enemigo perenne de Israel (cfr Dt 25,17-18; 1 S 15,3; 27,8; 30), hasta que en tiempo de Ezequías (1 Cro 4,41-43) se consigna como cumplido este oráculo de borrar su memoria (v. 14). La mención de Josué como caudillo en la batalla, y de Aarón y Jur ayudando a Moisés en su oración, refleja que después de Moisés se diversificarán los poderes, el político-militar y el religioso, este último encomendado a los sacerdotes.

Moisés, con el bastón en la mano, dirige las operaciones de la batalla, pero, sobre todo, intercede por su pueblo para que Dios intervenga hasta conseguir la victoria. Los Santos Padres han explicado este episodio como figura de la acción de Cristo que, con la Cruz, figurada en el bastón, ha conseguido vencer al demonio y a la muerte (cfr Tertuliano, *Adversus Marcionem* 3,18; S. Cipriano, *Testimonia* 2,21).

Predica con ocasión y sin ella (2 Tm 3,14 - 4,2)

2ª. lectura

Se exhorta a Timoteo a leer la Sagrada Escritura (el Antiguo Testamento) que su madre y su abuela le enseñaron a estimar desde niño, pues los libros de la Escritura Santa están inspirados por Dios. Por esa razón gozan de una peculiar autoridad en la Iglesia, porque la «revelación que la Sagrada Escritura contiene y ofrece ha sido puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo. (...) Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra» (Conc. Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 11). Por eso la Iglesia y los santos han recomendado siempre su lectura: «Lee muy a menudo las divinas Escrituras, o, por decir mejor, que nunca la lectura sagrada se te caiga de las manos» (S. Jerónimo, *Epistulae* 52,7).

«Hombre de Dios» (v. 17). Con esta expresión se designaba en el Antiguo Testamento a personas que cumplieron alguna misión especial de parte de Dios, como Moisés (Dt 33,1; Sal 40,1), Samuel (1 S 9,6-7), Elías y Eliseo (1 R 17,18; 2 R 4,7.27.42). Aquí se aplica a Timoteo, en cuanto que, por la consagración, ha recibido de Dios un ministerio en la Iglesia. Por la ordenación «el sacerdote es fundamentalmente un hombre consagrado, un *hombre de Dios* (1 Tm 6,11). (...) El sacerdocio ministerial en el Pueblo de Dios es algo más que un oficio público y sacro ejercido en servicio de la comunidad de los fieles: es, fundamentalmente y antes que cualquier otra cosa, una configuración, una transformación sacramental y misteriosa de la persona del hombre-sacerdote en la persona del mismo Cristo, único mediador (cfr 1 Tm 2,55)» (Álvaro del Portillo, *Escritos sobre el Sacerdocio* 83-84).

El tono solemne de la exhortación que sigue viene marcado por una fórmula severa, inspirada en los protocolos grecorromanos de sucesión, que obligaba a los herederos a cumplir la voluntad del testador: «Te advierto seriamente», o «te conjuro». Y es que la predicación del Evangelio (v. 2) es una grave responsabilidad de quien preside una comunidad cristiana. Así lo hace notar el Concilio Vaticano II: «Entre los oficios principales de los Obispos se destaca la predicación del Evangelio. Porque los Obispos son los pregoneros de la fe que ganan nuevos discípulos para Cristo y son los maestros auténticos, es decir, herederos de la autoridad de Cristo, que predicán al pueblo que les ha sido encomendado la fe que ha de creerse y ha de aplicarse a la vida, la ilustran con la luz del Espíritu Santo, extrayendo del tesoro de la Revelación las cosas nuevas y las cosas viejas (cfr Mt 13,52), la hacen fructificar y con vigilancia apartan de la grey los errores que la amenazan (cfr 2 Tm 4,1-4)» (*Lumen gentium*, n. 25).

Las palabras del Apóstol están llenas de prudencia y sabiduría, de ahí que en la tradición cristiana se hayan tomado como una referencia segura en la tarea de orientar a los demás. Así, por ejemplo, escribe San Benito: «En su gobierno debe el abad observar siempre aquella norma del Apóstol que dice: *reprende, reprocha, exhorta*; es decir, que combinando tiempos y circunstancias, y el rigor con la dulzura, muestre la severidad del maestro y el piadoso afecto del padre» (*Regula* 2,23-25).

Perseverancia en la oración (Lc 18, 1-8)

Evangelio

La parábola contiene una enseñanza muy expresiva sobre la necesidad de la perseverancia en la oración y sobre su eficacia. El v. 1 ha sido fuente de enseñanza sobre la oración en toda la catequesis cristiana: «No nos ha sido prescrito trabajar, vigilar y ayunar constantemente; pero sí tenemos una ley que nos manda orar sin cesar» (Evagrio, *Capita practica ad Anatolium* 49). Para eso es necesario vencer la pereza, levantar los ojos a Dios en todas las circunstancias: «Que el hombre ore atentamente, bien estando en la plaza o mientras da un paseo: igualmente el que está sentado ante su mesa de trabajo o el que dedica su tiempo a otras labores, que levante su alma a Dios» (S. Juan Crisóstomo, *De Anna* 4,5). Pero sólo lo hará quien junte la oración con una vida cristiana coherente: «Ora continuamente el que une la oración a las obras y las obras a la oración. Sólo así podemos encontrar realizable el principio de la oración continua» (Orígenes, *De oratione* 12)». Cfr *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2742-2745.

Al final, el Señor vincula también la eficacia de la oración a la fe (v. 8): la oración se apoya en la fe, pero ésta, a su vez, crece cuando se ejercita en la oración. ***Te crecías ante las dificultades del apostolado, orando así: “Señor, Tú eres el de siempre. Dame la fe de aquellos varones que supieron corresponder a tu gracia y que obraron —en tu Nombre— grandes milagros, verdaderos prodigios...” —Y concluías: “sé que los harás; pero, también me consta que quieres que se te pidan, que quieres que te busquemos, que llamemos fuertemente a las puertas de tu Corazón”. — Al final, renovaste tu decisión de perseverar en la oración humilde y confiada*** (San Josemaría Escrivá, *Forja*, n. 653).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

La oración

Por dos razones conviene que admiremos a los siervos de Dios y los reputemos felices: porque pusieron la esperanza de su salvación en las santas oraciones, y porque conservando por escrito los himnos y adoraciones que con temor y gozo tributaron a Dios, nos transmitieron también a nosotros su tesoro, para poder arrastrar a su imitación a la posteridad. Porque es natural que pasen a los discípulos las costumbres de los maestros, y que los discípulos de los profetas brillen como imitadores de su justicia, de suerte que en todo tiempo meditemos, roguemos, adoremos a Dios, y ésta tengamos por nuestra vida, ésta por nuestra salud y alegría; éste por el colmo y término de todos nuestros bienes, el rogar a Dios con el alma pura e incontaminada. Porque como a los cuerpos da luz el sol, así al alma la oración. Si, pues, para un ciego es grave daño el no ver el sol, ¿qué tal daño será para un cristiano el no orar constantemente, e introducir en el alma por la oración la lumbre de Cristo? ¿Y quién hay que no se espante y admire del amor que Dios manifiesta a los hombres cuando liberalmente les concede tan grande honor, que no se desdeña de escuchar sus preces y trabar con ellos conversación amigable? Pues no con otro, sino con el mismo Dios hablamos en el tiempo de la oración, por medio de la cual nos unimos con los ángeles y nos separamos inmensamente de lo que

hay en nosotros común con los brutos irracionales. Que de ángeles es propia la oración, y aun sobrepuja a su dignidad, puesto que mejor que la dignidad angélica es el hablar con Dios; y que, como digo, sea mejor, ellos mismos nos lo enseñan, al ofrecerles las súplicas con grande temor, haciéndonos ver y aprender de este modo que es razón que cuantos se acercan a Dios lo hagan con gozo sí, pero también con temor; con temor, temblando no seamos indignos de la oración, y llenos al mismo tiempo de gozo por la grandeza del honor recibido: pues de tan extraña y singular providencia se reputa digno el género humano, que podemos gozar continuamente de la conversación con Dios, por medio de la cual hasta dejamos de ser mortales y caducos, mientras por una parte permanecemos mortales por naturaleza, y por otra con la conversación con Dios nos trasladamos a una vida inmortal.

En efecto; es necesario que el que conversa con Dios llegue a ser superior a la muerte y a toda corrupción; y como es absolutamente preciso que quien goza de los rayos del sol esté alejado de las tinieblas, así es absolutamente necesario que quien disfruta del trato divino no sea ya mortal, porque la misma grandeza del honor le traspasa a la inmortalidad; pues si es imposible que los que hablan con el rey y son de él estimados sean pobres, muchísimo más lo es que los que ruegan a Dios y le hablan tenga almas expuestas a la muerte; pues la muerte de las almas es la impiedad y la vida sin ley; como al contrario, su vida es el servicio de Dios, y el modo de obrar conforma a él; y la vida santa y conforme al servicio de Dios, claro es que la oración la produce y maravillosamente la guarda como un tesoro en nuestras almas; porque sea que uno ame la virginidad; sea que se esfuerce por guardar la moderación propia del matrimonio, o por superar la ira, o por familiarizarse con la mansedumbre, o por vencer la envidia, o por cumplir cualquiera otro deber, teniendo por guía a la oración que le vaya allanando la senda del modo de vivir que haya escogido, hallará expedita y fácil la carrera de la piedad. No es posible, no, que los que piden a Dios el don de la templanza, de la justicia, de la mansedumbre, de la benignidad, no consigan su súplica; porque pedid, dice, y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama a la puerta se le abrirá (Mt., 7, 7); y en otra parte de nuevo: ¿Quién de vosotros hay, dice, que si su hijo le pide pan le dé una piedra? ¿O si le pide un pez le dé una serpiente? Pues si vosotros siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos dones buenos, ¿cuánto más vuestro Padres celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden? (Lc., 11, 11-13).

Con tales palabras y esperanzas nos exhortó a la oración el Señor de todo lo criado; y a nosotros nos conviene vivir siempre obedientes a Dios, ofreciéndole himnos de alabanza y oraciones con mayor cuidado del culto divino que de nuestra propia alma; porque así podremos vivir siempre una vida digna de hombres; que el que no ruega a Dios, ni ansía constantemente gozar de la divina conversación, está muerto y sin alma, y no tiene del todo sano el seso; porque esta misma es ya la mayor señal de insensatez, el no conocer la grandeza de este honor, ni amar la oración, ni tener por muerte del alma el no postrarse delante de Dios. Pues claro está, que así como este nuestro cuerpo, cuando le falta el alma, queda muerto y fétido, así cuando el alma no se mueve a sí misma a la oración, muerta está ya, y miserable, y fétida. Y que se deba tener por más acerbo que cualquiera muerte el verse privado de la oración, hermosamente nos lo enseña el gran Profeta Daniel, al elegir antes la muerte, que estar por tres solos días privado de la oración; pues no le mandó el rey de los persas cometer ninguna impiedad, sino quiso ver tan sólo [si en el espacio de tres (treinta) días se hallaba alguno que pidiese nada a ninguno de los dioses, si no era al mismo rey] (Dan., 4). Porque si Dios no se inclina hacia nosotros, ningún bien descenderá a nuestras almas; pero el inclinarse Dios a nosotros maravillosamente alivia nuestros trabajos, si nos ve amar la oración y rogar constantemente a su Majestad, y tener puesta nuestra esperanza en que de allí han de descender a nosotros todos los bienes.

Por esto, cuando veo a alguno que no ama la oración, y que no siente hacia ella un afecto encendido y vehemente, ya para mí es cosa manifiesta, que el tal no abriga en su alma nada de grande y generoso; pero cuando veo a uno que no se harta de dar culto a Dios, y juzga el no orar continuamente por el mayor de los daños, conjeturo que el tal es un fiel y firme practicante de todas las virtudes, y templo de Dios. Porque si el vestido del hombre, y el caminar de sus pies, y la risa de sus dientes dicen ya quién es, según el sabio Salomón (Ecle. 19, 29), mucho más la oración y culto de Dios es señal de toda justicia, siendo, como es, una vestidura espiritual y divina, que presta a nuestras mentes mucha hermosura y belleza, modera la vida de cada uno, no permite que nada malo ni impertinente se apodere del alma y nos persuade que reverenciamos a Dios y estimemos el honor que nos concede, nos enseña a arrojar lejos de nosotros todas las seducciones del malvado (enemigo), desecha todos los pensamientos torpes y necios, y hace a nuestras almas despreciadoras del deleite. Porque éste es el único orgullo que conviene a los adoradores de Cristo, el no ser esclavos de nada torpe, sino conservar el ánimo en libertad y vida inmaculada. Y que sin oración sea imposible pasar y terminar virtuosamente la vida, creo verdad a todos manifiesta.

Porque ¿cómo habrá de ejercitar la virtud, no acudiendo y rindiendo adoración constantemente al suministrador y dador de ella? Y ¿cómo habrá de desear uno ser templado y justo, no conversando dulcemente con el que de nosotros pide esto y mucho más? Y ahora quiero brevemente demostraros que, aunque al orar estemos llenos de pecados, la oración nos limpiará de ellos en breve. Porque, ¿qué cosa puede haber o mayor o más divina que la oración, que no parece sino un como contraveneno para los que tienen el alma enferma? Los ninivitas son los primeros que se nos presentan absueltos, por medio de la oración, de muchos pecados contra Dios; porque una misma cosa fue apoderarse de ellos la oración, y hacerles justos, y corregir al punto la ciudad hecha ya a la liviandad, y a la maldad, y a la vida sin freno, venciendo la antigua costumbre, llenando a la ciudad de leyes celestiales, y llevando consigo la templanza, y la caridad y la mansedumbre, y el cuidado de los pobres; porque no sufre habitar en las almas sin estas virtudes; antes cualquier alma en que reside la llena de toda justicia, adiestrándola para la virtud, y expulsando de ella la maldad. Y cierto, que si entonces hubiera entrado en la ciudad de Nínive alguno que la conociera bien de antes, no la reconocería: tan repentino fue el salto que dio del vicio a la virtud.

Así como a una mujer pobre y vilmente vestida no la reconocería uno si la viera después adornada con vestidura de oro, así, quien viera primero aquella ciudad mendigando y vacía de tesoros espirituales, la desconocería por completo, después que de tal suerte la logró transformar la oración, dirigiendo a la virtud sus costumbre y vida viciosa.

Hubo asimismo una mujer que, habiendo empleado todo el tiempo en la intemperancia y lascivia, apenas se postró a los pies de Cristo cuando alcanzó la salvación. (Lc., 7, 37).

Fuera de esto, no solamente limpia la oración el alma de pecados, sino que además aleja de muchos peligros. Así es que aquel rey y al mismo tiempo profeta admirable David ahuyentó con la oración muchas y temibles guerras, poniendo este sólo resguardo para el ejército, y logrando de este modo para sus soldados juntamente la paz y la victoria.

Así como otros reyes suelen poner la esperanza de su salvación en la pericia de los militantes, en el arte de la guerra, en los saeteros, en los soldados de a pie y de a caballo; así el admirable David rodeó a su ejército por toda defensa con la muralla de la oración, ni reparaba en el valor de los generales, tribunos y centuriones; antes sin recoger dinero, sin preparar armas, lograba con la oración las armas del cielo. Porque verdaderamente es armadura celestial la oración que se derrama delante de Dios, y es la única que defiende por completo a los que se ponen en sus divinas manos. Puesto que la robustez y la destreza en sorprender al enemigo muchas veces quedan fallidas y frustradas, o

por los lances de la guerra, o por la seguridad de los adversarios, o por otras muchas causas; pero la oración es armadura inexpugnable y segurísima, y nunca hace traición, y tan fácilmente rechaza a un enemigo como a innumerables millares. Y, en efecto, el admirable David, de quien acabamos de hablar, cuando se lanzó sobre él, como un formidable demonio, aquel gigante Goliat (1 Re, 7), le derribó, no con armas y espadas, sino con oraciones; tan poderosa arma es la oración para los reyes en las batallas, contra los enemigos. Pues bien; el mismo poder tiene esta arma para nosotros contra los demonios.

Así mismo el rey Ezequías triunfó en la guerra de los persas, no ciertamente armando al ejército, sino oponiendo solamente la oración a la muchedumbre de sus enemigos. Así también evitó la muerte postrándose ante Dios con la debida reverencia; y sólo la oración concedió al rey la gracia de la vida.

Y que al alma pecadora fácilmente purifica la oración, nos lo demuestra el publicano que pidió a Dios la remisión de sus culpas y la consiguió; nos lo demuestra el leproso, que apenas se postró ante Dios, cuando quedó limpio; que si Dios curó al punto al que tenía corrupción en su cuerpo, ¿cuánto más benignamente dará la salud a una alma enferma? porque cuanto el alma es más de estimar que el cuerpo, tanto es más conforme que Dios muestre mayor cuidado de ella. Mil otras cosas se pudieran decir, tanto de las historias antiguas como modernas, si se pretendiera enumerar a todos los que por la oración han sido salvos.

Pero quizás alguno de los más perezosos y de los que no quieren orar con cuidado y empeño, se persuadirá que Dios dijo también aquellas palabras: No todo el que dice Señor, Señor entrará en el reino los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Mt., 7, 21). Ciertamente, si yo juzgara que la oración por sí sola basta para nuestra salvación, con razón podría alguno hacer uso contra mí de esas palabras; pero diciendo, como digo, que la oración es como la cabeza de todos los bienes, y fundamento y raíz de una vida provechosa, nadie por pretexto de su pereza se defienda con semejantes palabras; porque no sólo la temperancia puede salvarnos sin los otros bienes, ni el cuidado de los pobres, ni la bondad, ni cosa alguna de las que se pueden desear, sino que conviene que todas juntas entren en nuestras almas; pero la oración está debajo de todas como raíz y base; y así como a una nave y a una casa las partes que están debajo las consolidan y sostienen, de la misma manera las oraciones fortalecen nuestra vida, y sin ellas nada habría en nosotros de bueno y saludable.

Por esto San Pablo nos urge constantemente, exhortándonos y diciéndonos: Perseverad en la oración, velando en ella en acción de gracias (Col., 7); y en otro lugar: Orad sin intermisión dando gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios (1 Tes., 5, 17, 18). Y en otra parte de nuevo: Orad en toda ocasión en espíritu, velando en él con toda perseverancia y súplicas (Ef. 6, 18). Con tantas y tan divinas voces nos exhortaba a la oración continuamente aquel caudillo de los apóstoles.

Conviene, pues, que amaestrados por él pasemos la vida en oración, y demos continuamente este riego a nuestras almas, pues no menos necesitamos de la oración los hombres que de agua los árboles; porque ni estos pueden producir sus frutos si no beben por las raíces, ni nosotros podremos dar los preciosísimos frutos de la piedad, si no recibimos el riego de la oración. Conviene, pues, que al levantarnos del lecho nos adelantemos siempre al sol en dar culto a Dios, y que al sentarnos a la mesa y al irnos a acostar, y mejor todavía cada hora, ofrezcamos a Dios una oración, y corramos de esta manera la misma carrera que el día; y que en tiempo de invierno empleemos la mayor parte de la noche en oraciones, y doblando las rodillas, con gran temor instemos en la oración, y nos juzguemos felices en dar culto a Dios.

Dime: ¿cómo verás al sol, sin adorar al que envía a tus ojos su dulcísima lumbre? ¿Cómo disfrutarás de la mesa, sin adorar al que te da y regala tantos bienes? ¿Con qué esperanza llegarás al tiempo de la noche? ¿Con qué sueños piensas ocuparte, no amurallándote con la oración, y yendo a dormir desprevenido? Despreciable y fácil presa parecerás a los demonios que andan siempre alrededor acechando una ocasión en nuestro daño, y mirando a quien podrán hallar privado de la oración, para en seguida arrebatárselo.

Pero si nos viere defendidos con oraciones, huyen al punto, como los ladrones y malvados cuando ven pender sobre sus cabezas la espada del soldado; pero quien se encuentra desnudo de la oración, arrebatado por los demonios, es arrastrado y empujado a los pecados y calamidades y todo mal. Conviene, pues, que nosotros, temerosos de tan grave daño, siempre nos defendamos con himnos y oraciones, para que compadecido Dios de todos, nos haga dignos del reino de los cielos por su Hijo Unigénito, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

(Homilía primera sobre la oración, 1-6, Homilías Selectas, II, Apostolado Mariano Sevilla 1991, 109-115)

FRANCISCO – Ángelus 2013 – Audiencia 25.V.16 – Homilías en Santa Marta

Ángelus 2013

La oración es la expresión de la fe en Dios

Queridos hermanos y hermanas:

En el Evangelio de hoy Jesús relata una parábola sobre la necesidad de orar siempre, sin cansarnos. La protagonista es una viuda que, a fuerza de suplicar a un juez deshonesto, logra que se le haga justicia en su favor. Y Jesús concluye: si la viuda logró convencer a ese juez, ¿pensáis que Dios no nos escucha a nosotros, si le pedimos con insistencia? La expresión de Jesús es muy fuerte: «Pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante Él día y noche?» (*Lc 18, 7*).

«Clamar día y noche» a Dios. Nos impresiona esta imagen de la oración. Pero preguntémosnos: ¿por qué Dios quiere esto? ¿No conoce Él ya nuestras necesidades? ¿Qué sentido tiene «insistir» con Dios?

Esta es una buena pregunta, que nos hace profundizar en un aspecto muy importante de la fe: Dios nos invita a orar con insistencia no porque no sabe lo que necesitamos, o porque no nos escucha. Al contrario, Él escucha siempre y conoce todo sobre nosotros, con amor. En nuestro camino cotidiano, especialmente en las dificultades, en la lucha contra el mal fuera y dentro de nosotros, el Señor no está lejos, está a nuestro lado; nosotros luchamos con Él a nuestro lado, y nuestra arma es precisamente la oración, que nos hace sentir su presencia junto a nosotros, su misericordia, también su ayuda. Pero la lucha contra el mal es dura y larga, requiere paciencia y resistencia —como Moisés, que debía tener los brazos levantados para que su pueblo pudiera vencer (cf. *Ex 17, 8-13*). Es así: hay una lucha que conducir cada día; pero Dios es nuestro aliado, la fe en Él es nuestra fuerza, y la oración es la expresión de esta fe. Por ello Jesús nos asegura la victoria, pero al final se pregunta: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?» (*Lc 18, 8*). Si se apaga la fe, se apaga la oración, y nosotros caminamos en la oscuridad, nos extraviamos en el camino de la vida.

Por lo tanto, aprendamos de la viuda del Evangelio a orar siempre, sin cansarnos. ¡Era valiente esta viuda! Sabía luchar por sus hijos. Pienso en muchas mujeres que luchan por su familia,

que rezan, que no se cansan nunca. Un recuerdo hoy, de todos nosotros, para estas mujeres que, con su actitud, nos dan un auténtico testimonio de fe, de valor, un modelo de oración. ¡Un recuerdo para ellas! Rezar siempre, pero no para convencer al Señor a fuerza de palabras. Él conoce mejor que nosotros aquello que necesitamos. La oración perseverante es más bien expresión de la fe en un Dios que nos llama a combatir con Él, cada día, en cada momento, para vencer el mal con el bien.

Audiencia general

25 de mayo de 2016

Quien reza aspira ante todo a la unión con Dios

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La parábola evangélica que acabamos de escuchar (cf. *Lc* 18, 1-8) contiene una enseñanza importante: «Es preciso orar siempre sin desfallecer» (v. 1). Por lo tanto, no se trata de rezar alguna vez, cuando tengo ganas. No, Jesús dice que hay que «rezar siempre, sin desfallecer». Y presenta el ejemplo de la viuda y del juez.

El juez es un personaje poderoso, llamado a dar una sentencia según la Ley de Moisés. Por esto la tradición bíblica recomendaba que los jueces fuesen personas temerosas de Dios, dignas de fe, imparciales e incorruptibles (cf. *Ex* 18, 21). Al contrario, este juez «ni temía a Dios ni respetaba a los hombres» (v. 2). Era un juez inicuo, sin escrúpulos, que no tenía en cuenta la ley sino que hacía lo que quería, según su interés. A él se dirige una viuda para obtener justicia. Las viudas, junto con los huérfanos y los extranjeros, eran las categorías más débiles de la sociedad. Los derechos que les aseguraba la Ley podían ser pisoteados con facilidad porque, al ser personas solas y sin defensa, difícilmente podían hacerse valer: una pobre viuda, allí, sola, nadie la defendía, podían ignorarla, incluso no ofrecerle justicia. Así también el huérfano, así el extranjero, el inmigrante: en esa época era muy fuerte esta problemática. Ante la indiferencia del juez, la viuda recurre a su única arma: continuar insistentemente a importunarlo, presentándole su petición de justicia. Y precisamente con esta perseverancia alcanza el objetivo. El juez, en efecto, a un cierto punto la escucha, no por misericordia, ni porque la conciencia se lo impone; sencillamente admite: «Como esta viuda me causa molestia, le voy hacer justicia para que no venga continuamente a importunarme» (v. 5).

De esta parábola Jesús saca una doble conclusión: si la viuda logra convencer al juez deshonesto con sus peticiones insistentes, cuánto más Dios, que es Padre bueno y justo, «hará justicia a sus elegidos, que están clamando a Él día y noche»; y además no «les hará esperar mucho tiempo», sino que actuará «con prontitud» (cf. vv. 7-8).

Por esto Jesús exhorta a rezar «sin desfallecer». Todos experimentamos momentos de cansancio y de desaliento, sobre todo cuando nuestra oración parece ineficaz. Pero Jesús nos asegura: a diferencia del juez deshonesto, Dios escucha con prontitud a sus hijos, si bien esto no significa que lo haga en los tiempos y en las formas que nosotros quisiéramos. La oración no es una varita mágica. Ella ayuda a conservar la fe en Dios, a encomendarnos a Él incluso cuando no comprendemos la voluntad. En esto, Jesús mismo —¡que oraba mucho!— es un ejemplo para nosotros. La carta a los Hebreos recuerda que «habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente» (5, 7). A primera vista esta afirmación parece inverosímil, porque Jesús murió en la cruz. Sin embargo, la carta a los Hebreos no se equivoca: Dios salvó de verdad a Jesús de la muerte dándole sobre ella la completa victoria, pero el camino recorrido para obtenerla pasó a través de la

muerte misma. La referencia a las súplicas que Dios escuchó remiten a la oración de Jesús en Getsemaní. Asaltado por la angustia inminente, Jesús ora al Padre que lo libre del cáliz amargo de la Pasión, pero su oración está invadida por la confianza en el Padre y se entrega sin reservas a su voluntad: «Pero —dice Jesús— no sea como yo quiero, sino como quieras tú» (Mt 26, 39). El objeto de la oración pasa a un segundo plano; lo que importa ante todo es la relación con el Padre. He aquí lo que hace la oración: transforma el deseo y lo modela según la voluntad de Dios, sea cual fuera, porque quien reza aspira ante todo a la unión con Dios, que es Amor misericordioso.

La parábola termina con una pregunta: «Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (v. 8). Y con esta pregunta nos alerta a todos: no debemos renunciar a la oración incluso si no se obtiene respuesta. La oración conserva la fe, sin la oración la fe vacila. Pidamos al Señor una fe que se convierta en oración incesante, perseverante, como la da la viuda de la parábola, una fe que se nutre del deseo de su venida. Y en la oración experimentamos la compasión de Dios, que como un Padre viene al encuentro de sus hijos lleno de amor misericordioso.

La debilidad de Dios ante la oración de su pueblo

16 de noviembre de 2013

Dios es débil sólo ante la oración de su pueblo. Por lo tanto, la oración es la verdadera fuerza del hombre: nunca debemos cansarnos de llamar a la puerta del corazón de Dios, de pedir ayuda, porque cuando a Dios se le llama para defender a su pueblo es implacable.

Lo recordó el Papa Francisco durante la misa que celebró el sábado 16, a la que asistieron los canónigos de la basílica vaticana.

Comentando las lecturas del día, el Pontífice quiso, ante todo, destacar la protección que el Señor ofrece a sus hijos cuando ellos se dirigen a Él: “Dios hace, hará justicia a sus elegidos que gritan a Él día y noche. Así lo hizo: cuando llama a Moisés y le dice he oído el llanto y el lamento de mi pueblo. El Señor escucha” (cf. Lc 18, 1-8).

“En la primera lectura -dijo el Papa- hemos escuchado lo que hizo el Señor: la palabra omnipotente del cielo viene como un guerrero implacable. Cuando el Señor defiende a su pueblo es así: es un guerrero implacable y salva a su pueblo. Salva, renueva todo: toda la creación fue modelada de nuevo, en su misma naturaleza como antes”. Y es así que, dijo el Santo Padre citando una vez más el Libro de la Sabiduría (Sb 18, 14-16; 19, 6-9), “el Mar Rojo convertido en un camino practicable y el oleaje impetuoso en una verde llanura, por donde pasaron en masa los protegidos de tu mano, contemplando prodigios admirables” (Sb 18, 7-8). Así “es el poder del Señor -destacó- cuando quiere salvar a su pueblo: fuerte. Él es el Señor. Porque escuchó la oración de su pueblo; porque escuchó en su corazón que sus elegidos sufrían”.

Pero si ésta es la fuerza de Dios, “¿cuál es la fuerza del hombre?”, se preguntó el Pontífice. Es la misma que testimonió la viuda de la que habla el Evangelio, explicó, quien llama continuamente a la puerta del juez. “Llamar -repetió-, pedir, lamentarse por tantos problemas, tantos dolores, y pedir al Señor la liberación de estos dolores, de estos pecados, de estos problemas”. Ésta es la fuerza del hombre, la oración, “también la oración del hombre humilde”, precisó, porque si en Dios hubiese una debilidad, explicó una vez más, ésta se manifiesta precisamente respecto a la oración de su Pueblo, “es la debilidad de Dios. El Señor es débil sólo en esto”.

Las lecturas, subrayó el Obispo de Roma, hacen meditar oportunamente acerca de “ese poder de Dios, tan claro y tan fuerte”, del cual la Iglesia habla sobre todo en el tiempo de Navidad, porque

“el culmen de la fuerza de Dios, de la salvación de Dios, ha sido precisamente en la Encarnación del Verbo”.

Hoy -confió el Papa Francisco- “me gusta escuchar estas lecturas ante los canónigos de San Pedro. Vuestro trabajo es precisamente llamar al corazón de Dios”, rezar. “Rezar al Señor por el pueblo de Dios. Y vosotros, en San Pedro, precisamente en la basílica más cercana al Papa, donde se congregan todas las peticiones del mundo, recogéis estas peticiones y las presentáis al Señor con vuestra oración”.

“El Señor -prosiguió el Santo Padre- escucha la oración de su pueblo. Vosotros sois representantes privilegiados del pueblo de Dios en este papel de rezar al Señor por tantas necesidades de la Iglesia, de la humanidad, de todos”. Y dijo: “Os doy las gracias por este trabajo. Recordemos siempre que Dios tiene una fuerza -cuando Él quiere- que cambia todo, “todo fue modelado de nuevo, Él es capaz de modelar todo de nuevo; pero tiene también una debilidad, nuestra oración, vuestra oración universal, cerca del Papa en San Pedro. Gracias por este servicio vuestro y seguid adelante así por el bien de la Iglesia”.

Tres mujeres y tres jueces

23 de marzo de 2015

«Donde no hay misericordia, no hay justicia». Quien paga por la falta de misericordia es, también hoy, el pueblo de Dios que sufre cuando encuentra «jueces especuladores, viciosos y rígidos» incluso en la Iglesia que es «santa, pecadora, necesitada». Lo dijo el Papa el lunes 23 de marzo en la misa celebrada en la capilla de la Casa Santa Marta.

El Papa Francisco destacó inmediatamente que las lecturas propuestas por la liturgia -tomadas del libro de Daniel (Dn 13, 1-9.15-17.19-30.33-62) y del Evangelio de san Juan (Jn 8, 1-11)- «nos hacen ver dos juicios a dos mujeres». Pero, añadió, «yo me permito recordar otro juicio que se refiere a una mujer: el que Jesús nos relata en el capítulo 18 de san Lucas». Así, pues, «hay tres mujeres y tres jueces: una mujer inocente, Susana; otra, pecadora, la adúltera; y una tercera, la del Evangelio de san Lucas, una pobre viuda». Y «las tres, según algunos padres de la Iglesia, son figuras alegóricas de la Iglesia: la Iglesia santa, la Iglesia pecadora y la Iglesia necesitada, porque las viudas y los huérfanos eran los más necesitados en ese tiempo». Precisamente por esto, explicó el Papa, «los padres piensan que sean figuras alegóricas de la Iglesia».

En cambio «los tres jueces son malos, los tres». Y, continuó, «me urge destacar esto: en esa época el juez no era sólo un juez civil: era civil y religioso, era las dos cosas juntas, juzgaba las cuestiones religiosas y también las civiles». De este modo, «los tres eran corruptos: los que condujeron a la adúltera hasta Jesús, los escribas, los fariseos, los que hacían la ley y también emitían los juicios, tenían dentro del corazón la corrupción de la rigidez». Para ellos, en efecto, «todo era la letra de la ley, lo que decía la ley, se sentían puros: la ley dice esto y se debe hacer esto...». Pero, destacó el Papa Francisco, «estos no eran santos; eran corruptos, corruptos porque una rigidez de ese tipo sólo puede seguir adelante en una doble vida». Tal vez precisamente los «que condenaban a estas mujeres luego iban a buscarlas por detrás, a escondidas, para divertirse un poco». Y el Papa quiso destacar también que «los rígidos son -uso el adjetivo que Jesús les daba a ellos- hipócritas: llevan una doble vida». En tal medida que «los que juzgan, pensemos en la Iglesia -las tres mujeres son figuras alegóricas de la Iglesia-, los que juzgan con rigidez a la Iglesia tienen una doble vida. Con la rigidez ni siquiera se puede respirar».

Refiriéndose en especial al pasaje del libro de Daniel, el Papa recordó que ciertamente «no eran santos tampoco ninguno de aquellos dos» que acusaron injustamente a Susana. Y precisamente «Daniel, a quien el Espíritu Santo mueve a profetizar, los llama “envejecidos en días y en crímenes”». A uno de ellos le dice también: «La belleza te sedujo y la pasión pervirtió tu corazón. Lo mismo hacíais con las mujeres israelitas, y ellas por miedo se acostaban con vosotros». En definitiva, los dos «eran jueces viciosos, tenían la corrupción del vicio, en este caso la lujuria». Y «se dice que cuando se tiene este vicio de la lujuria, con los años se hace más feroz, empeora». Por lo tanto, los dos jueces «estaban corrompidos por los vicios».

Y «del tercer juez -el del Evangelio de san Lucas que recordé hace un momento- Jesús dice que no temía a Dios y no le interesaba nadie: no le importaba nada, sólo le interesaba él mismo», afirmó el Papa Francisco. Era, en pocas palabras, «un especulador, un juez que con su trabajo de juzgar hacía los negocios». Y era por ello «un corrupto, un corrupto de dinero, de prestigio».

El problema de fondo, explicó el Papa es que estas tres personas -tanto el «especulador» como «los viciosos» y los «rígidos»- «no conocían una palabra: no conocían lo que era la misericordia». Porque «la corrupción los conducía lejos del hecho de comprender la misericordia», de «ser misericordiosos». En cambio «la Biblia nos dice que en la misericordia está precisamente el justo juicio». Y así «las tres mujeres -la santa, la pecadora y la necesitada- sufren por esta falta de misericordia».

Pero eso es válido «también hoy». Y lo toca con la mano «el pueblo de Dios» que, «cuando encuentra a estos jueces, sufre un juicio sin misericordia, tanto en lo civil como en lo eclesiástico». Por lo demás, precisó el Papa, «donde no hay misericordia no hay justicia». Y así «cuando el pueblo de Dios se acerca voluntariamente para pedir perdón, para ser juzgado, cuántas veces, cuántas veces, encuentra a uno de estos». Encuentra «a los viciosos», por ejemplo, «que están allí, capaces también de tratar de explotarlos», y este «es uno de los pecados más graves». Pero encuentra lamentablemente también a «los especuladores», a quienes «no les importa nada y no dan oxígeno a esa alma, no dan esperanza: a ellos no les interesa». Y encuentra «a los rígidos, que castigan en los penitentes de lo que esconden en su alma». He aquí, entonces, «a la Iglesia santa, pecadora, necesitada, y a los jueces corruptos: sean ellos especuladores, viciosos o rígidos». Y «esto se llama falta de misericordia».

Como conclusión, el Papa Francisco quiso «recordar una de las palabras más bonitas del Evangelio, tomada precisamente del pasaje de san Juan, que me conmueve mucho: ¿Ninguno te ha condenado? -Ninguno, Señor. -Tampoco yo te condeno». Y precisamente esta expresión de Jesús -«Tampoco yo te condeno»- es «una de las palabras más hermosas porque está llena de misericordia».

BENEDICTO XVI – Homilía 2010

La necesidad de orar siempre

La liturgia de este domingo nos ofrece una enseñanza fundamental: la necesidad de orar siempre, sin cansarse. A veces nos cansamos de orar, tenemos la impresión de que la oración no es tan útil para la vida, que es poco eficaz. Por ello, tenemos la tentación de dedicarnos a la actividad, a emplear todos los medios humanos para alcanzar nuestros objetivos, y no recurrimos a Dios. Jesús, en cambio, afirma que hay que orar siempre, y lo hace mediante una parábola específica (cf. Lc 18, 1-8).

En ella se habla de un juez que no teme a Dios y no siente respeto por nadie, un juez que no

tiene una actitud positiva, sino que sólo busca su interés. No tiene temor del juicio de Dios ni respeto por el prójimo. El otro personaje es una viuda, una persona en una situación de debilidad. En la Biblia la viuda y el huérfano son las categorías más necesitadas, porque están indefensas y sin medios. La viuda va al juez y le pide justicia. Sus posibilidades de ser escuchada son casi nulas, porque el juez la desprecia y ella no puede hacer ninguna presión sobre él. Tampoco puede apelar a principios religiosos, porque el juez no teme a Dios. Por lo tanto, al parecer esta viuda no tiene ninguna posibilidad. Pero ella insiste, pide sin cansarse, es importuna; así, al final logra obtener del juez el resultado. Aquí Jesús hace una reflexión, usando el argumento a fortiori: si un juez injusto al final se deja convencer por el ruego de una viuda, mucho más Dios, que es bueno, escuchará a quien le ruega. En efecto, Dios es la generosidad en persona, es misericordioso y, por consiguiente, siempre está dispuesto a escuchar las oraciones. Por tanto, nunca debemos desespérer, sino insistir siempre en la oración.

La conclusión del pasaje evangélico habla de la fe: «Pero cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (Lc 18, 8). Es una pregunta que quiere suscitar un aumento de fe por nuestra parte. De hecho, es evidente que la oración debe ser expresión de fe; de otro modo no es verdadera oración.

Si uno no cree en la bondad de Dios, no puede orar de modo verdaderamente adecuado. La fe es esencial como base de la actitud de la oración.

Jesús nos invita también a cada uno de nosotros a seguirlo para tener en herencia la vida eterna.

Que nos obtenga esta gracia la Virgen María.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Moisés y la oración de intercesión

2574 Cuando comienza a realizarse la promesa (Pascua, Éxodo, entrega de la Ley y conclusión de la Alianza), la oración de Moisés es la figura cautivadora de la oración de intercesión que tiene su cumplimiento en “el único Mediador entre Dios y los hombres, Cristo-Jesús” (1 Tm 2, 5).

2575 También aquí, Dios interviene, el primero. Llama a Moisés desde la zarza ardiendo (cf Ex 3, 1-10). Este acontecimiento quedará como una de las figuras principales de la oración en la tradición espiritual judía y cristiana. En efecto, si “el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob” llama a su servidor Moisés es que él es el Dios vivo que quiere la vida de los hombres. Él se revela para salvarlos, pero no lo hace solo ni contra la voluntad de los hombres: llama a Moisés para enviarlo, para asociarlo a su compasión, a su obra de salvación. Hay como una imploración divina en esta misión, y Moisés, después de debatirse, acomodará su voluntad a la de Dios salvador. Pero en este diálogo en el que Dios se confía, Moisés aprende también a orar: se humilla, objeta, y sobre todo pide y, en respuesta a su petición, el Señor le confía su Nombre inefable que se revelará en sus grandes gestas.

2576 Pues bien, “Dios hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo” (Ex 33, 11). La oración de Moisés es típica de la oración contemplativa gracias a la cual el servidor de Dios es fiel a su misión. Moisés “habla” con Dios frecuentemente y durante largo rato, subiendo a la

montaña para escucharle e implorarlo, bajando hacia el pueblo para transmitirle las palabras de su Dios y guiarlo. “Él es de toda confianza en mi casa; boca a boca hablo con él, abiertamente” (Nm 12, 7-8), porque “Moisés era un hombre humilde más que hombre alguno sobre la haz de la tierra” (Nm 12, 3).

2577 De esta intimidad con el Dios fiel, tardo a la cólera y rico en amor (cf Ex 34, 6), Moisés ha sacado la fuerza y la tenacidad de su intercesión. No pide por él, sino por el pueblo que Dios ha adquirido. Moisés intercede ya durante el combate con los amalecitas (cf Ex 17, 8-13) o para obtener la curación de Myriam (cf Nm 12, 13-14). Pero es sobre todo después de la apostasía del pueblo cuando “se mantiene en la brecha” ante Dios (Sal 106, 23) para salvar al pueblo (cf Ex 32, 1-34, 9). Los argumentos de su oración (la intercesión es también un combate misterioso) inspirarán la audacia de los grandes orantes tanto del pueblo judío como de la Iglesia. Dios es amor, por tanto, es justo y fiel; no puede contradecirse, debe acordarse de sus acciones maravillosas, su Gloria está en juego, no puede abandonar al pueblo que lleva su Nombre.

La oración de petición

2629 El vocabulario neotestamentario sobre la oración de súplica está lleno de matices: pedir, reclamar, llamar con insistencia, invocar, clamar, gritar, e incluso “luchar en la oración” (cf Rm 15, 30; Col 4, 12). Pero su forma más habitual, por ser la más espontánea, es la petición: Mediante la oración de petición mostramos la conciencia de nuestra relación con Dios: por ser criaturas, no somos ni nuestro propio origen, ni dueños de nuestras adversidades, ni nuestro fin último; pero también, por ser pecadores, sabemos, como cristianos, que nos apartamos de nuestro Padre. La petición ya es un retorno hacia Él.

2630 El Nuevo Testamento no contiene apenas oraciones de lamentación, frecuentes en el Antiguo. En adelante, en Cristo resucitado, la oración de la Iglesia es sostenida por la esperanza, aunque todavía estemos en la espera y tengamos que convertirnos cada día. La petición cristiana brota de otras profundidades, de lo que S. Pablo llama el *gemido*: el de la creación “que sufre dolores de parto” (Rm 8, 22), el nuestro también en la espera “del rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es objeto de esperanza” (Rm 8, 23-24), y, por último, los “gemidos inefables” del propio Espíritu Santo que “viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene” (Rm 8, 26).

2631 *La petición de perdón* es el primer movimiento de la oración de petición (cf el publicano: “ten compasión de mí que soy pecador”: Lc 18, 13). Es el comienzo de una oración justa y pura. La humildad confiada nos devuelve a la luz de la comunión con el Padre y su Hijo Jesucristo, y de los unos con los otros (cf 1 Jn 1, 7-2, 2): entonces “cuanto pidamos lo recibimos de Él” (1 Jn 3, 22). Tanto la celebración de la eucaristía como la oración personal comienzan con la petición de perdón.

2632 La petición cristiana está centrada en el deseo y en la *búsqueda del Reino* que viene, conforme a las enseñanzas de Jesús (cf Mt 6, 10. 33; Lc 11, 2. 13). Hay una jerarquía en las peticiones: primero el Reino, a continuación lo que es necesario para acogerlo y para cooperar a su venida. Esta cooperación con la misión de Cristo y del Espíritu Santo, que es ahora la de la Iglesia, es objeto de la oración de la comunidad apostólica (cf Hch 6, 6; 13, 3). Es la oración de Pablo, el Apóstol por excelencia, que nos revela cómo la solicitud divina por todas las Iglesias debe animar la oración cristiana (cf Rm 10, 1; Ef 1, 16-23; Flp 1, 9-11; Col 1, 3-6; 4, 3-4. 12). Al orar, todo bautizado trabaja en la Venida del Reino.

2633 Cuando se participa así en el amor salvador de Dios, se comprende que *toda necesidad* pueda convertirse en objeto de petición. Cristo, que ha asumido todo para rescatar todo, es glorificado por

las peticiones que ofrecemos al Padre en su Nombre (cf Jn 14, 13). Con esta seguridad, Santiago (cf St 1, 5-8) y Pablo nos exhortan a orar *en toda ocasión* (cf Ef 5, 20; Flp 4, 6-7; Col 3, 16-17; 1 Ts 5, 17-18).

La Palabra de Dios, fuente de oración

2653 La Iglesia “recomienda insistentemente todos sus fieles... la lectura asidua de la Escritura para que adquieran ‘la ciencia suprema de Jesucristo’ (Flp 3,8)... Recuerden que a la lectura de la Santa Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues ‘a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras’ (San Ambrosio, off. 1, 88)” (DV 25).

2654 Los Padres espirituales parafraseando Mt 7, 7, resumen así las disposiciones del corazón alimentado por la palabra de Dios en la oración: “Buscad leyendo, y encontraréis meditando; llamad orando, y se os abrirá por la contemplación” (cf El Cartujano, scala: PL 184, 476C).

“Venga tu Reino”

2816 En el Nuevo Testamento, la palabra “basileia” se puede traducir por realeza (nombre abstracto), reino (nombre concreto) o reinado (de reinar, nombre de acción). El Reino de Dios está ante nosotros. Se aproxima en el Verbo encarnado, se anuncia a través de todo el Evangelio, llega en la muerte y la Resurrección de Cristo. El Reino de Dios adviene en la Última Cena y por la Eucaristía está entre nosotros. El Reino de Dios llegará en la gloria cuando Jesucristo lo devuelva a su Padre:

Incluso puede ser que el Reino de Dios signifique Cristo en persona, al cual llamamos con nuestras voces todos los días y de quien queremos apresurar su advenimiento por nuestra espera. Como es nuestra Resurrección porque resucitamos en él, puede ser también el Reino de Dios porque en él reinaremos (San Cipriano, Dom. orat. 13).

2817 Esta petición es el “Marana Tha”, el grito del Espíritu y de la Esposa: “Ven, Señor Jesús”:

Incluso aunque esta oración no nos hubiera mandado pedir el advenimiento del Reino, habríamos tenido que expresar esta petición, dirigiéndonos con premura a la meta de nuestras esperanzas. Las almas de los mártires, bajo el altar, invocan al Señor con grandes gritos: ‘¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia por nuestra sangre a los habitantes de la tierra?’ (Ap 6, 10). En efecto, los mártires deben alcanzar la justicia al fin de los tiempos. Señor, ¡apresura, pues, la venida de tu Reino! (Tertuliano, or. 5).

2818 En la Oración del Señor, se trata principalmente de la venida final del Reino de Dios por medio del retorno de Cristo (cf Tt 2, 13). Pero este deseo no distrae a la Iglesia de su misión en este mundo, más bien la compromete. Porque desde Pentecostés, la venida del Reino es obra del Espíritu del Señor “a fin de santificar todas las cosas llevando a plenitud su obra en el mundo” (MR, plegaria eucarística IV).

2819 “El Reino de Dios es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rm 14, 17). Los últimos tiempos en los que estamos son los de la efusión del Espíritu Santo. Desde entonces está entablado un combate decisivo entre “la carne” y el Espíritu (cf Ga 5, 16-25):

Solo un corazón puro puede decir con seguridad: ‘¡Venga a nosotros tu Reino!’. Es necesario haber estado en la escuela de Pablo para decir: ‘Que el pecado no reine ya en nuestro cuerpo mortal’ (Rm 6, 12). El que se conserva puro en sus acciones, sus pensamientos y sus palabras, puede decir a Dios: ‘¡Venga tu Reino!’ (San Cirilo de Jerusalén, catech. myst. 5, 13).

2820 Discerniendo según el Espíritu, los cristianos deben distinguir entre el crecimiento del Reino de Dios y el progreso de la cultura y la promoción de la sociedad en las que están implicados. Esta distinción no es una separación. La vocación del hombre a la vida eterna no suprime sino que refuerza su deber de poner en práctica las energías y los medios recibidos del Creador para servir en este mundo a la justicia y a la paz (cf GS 22; 32; 39; 45; EN 31).

2821 Esta petición está sostenida y escuchada en la oración *de* Jesús (cf Jn 17, 17-20), presente y eficaz en la Eucaristía; su fruto es la vida nueva según las Bienaventuranzas (cf Mt 5, 13-16; 6, 24; 7, 12-13).

La necesidad de la predicación

875 “¿Cómo creerán en aquél a quien no han oído? ¿cómo oirán sin que se les predique? y ¿cómo predicarán si no son enviados?” (Rm 10, 14-15). Nadie, ningún individuo ni ninguna comunidad, puede anunciarse a sí mismo el Evangelio. “La fe viene de la predicación” (Rm 10, 17). Nadie se puede dar a sí mismo el mandato ni la misión de anunciar el Evangelio. El enviado del Señor habla y obra no con autoridad propia, sino en virtud de la autoridad de Cristo; no como miembro de la comunidad, sino hablando a ella en nombre de Cristo. Nadie puede conferirse a sí mismo la gracia, ella debe ser dada y ofrecida. Eso supone ministros de la gracia, autorizados y habilitados por parte de Cristo. De Él los obispos y los presbíteros reciben la misión y la facultad (el “poder sagrado”) de actuar *in persona Christi Capitis*, los diáconos las fuerzas para servir al pueblo de Dios en la “diaconía” de la liturgia, de la palabra y de la caridad, en comunión con el Obispo y su presbiterio. Este ministerio, en el cual los enviados de Cristo hacen y dan, por don de Dios, lo que ellos, por sí mismos, no pueden hacer ni dar, la tradición de la Iglesia lo llama “sacramento”. El ministerio de la Iglesia se confiere por medio de un sacramento específico.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Les propuso una parábola sobre la necesidad de orar

Desde hace algún tiempo se está escudriñando el universo para recoger mensajes provenientes de otros planetas. El más grande radiotelescopio del mundo, que se encuentra en Arecibo, en Puerto Rico, ha sido utilizado varias veces para captar eventuales señales de seres inteligentes del cosmos. Lo mismo ha sucedido en otro gigantesco radiotelescopio situado en Rusia. Contemporáneamente, algunos científicos enviaban mensajes-radio al cosmos con un lenguaje estudiado adrede y con la esperanza de que fuesen captados por casuales interlocutores extraterrestres. Hasta ahora no se ha tenido ningún resultado positivo, ningún signo de vida de otros mundos. Por lo demás, incluso si, en hipótesis, se consiguiese establecer algún contacto con otros seres inteligentes en el cosmos, una conversación con ellos sería imposible, porque entre la pregunta y la respuesta debieran transcurrir siglos, si no milenios o millones de años.

La palabra de Dios de este Domingo, según veremos, nos enseña en esta empresa humanamente desesperada cómo conseguirlo. El Evangelio de hoy comienza así:

«Jesús, para explicar a los discípulos que era preciso orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola».

La parábola que narra Jesús es la de la viuda, que acostumbraba ir ante el juez para que le hiciera justicia, hasta que éste, para quitársela de encima, la satisface diciendo: «Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, se dice el juez dentro de sí, como esta viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándome en la cara».

Y he aquí la conclusión de Jesús:

«Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar».

El tema de la oración está en el centro, asimismo, de la primera lectura, que nos presenta a Moisés en el monte teniendo en alto las manos para obtener la victoria de su pueblo, que combate, allá abajo en el llano, contra los Amalecitas.

El hombre escudriña el universo para captar mensajes de otros mundos y no se da cuenta de los que ya le llegan y para oídos bastaría ponerse de rodillas y alzar al cielo sencillamente los manos, como Moisés en el monte. ¡La oración es el secreto para entrar en contacto con otros mundos! El que ora es aquel que un día ha captado una señal inconfundible proveniente de «otro mundo» y no puede dejar de buscarla, si la pierde.

¿Ilusión? Antes de liquidar el problema así, a lo rápido, sería necesario reflexionar sobre una cosa: ¿quiénes son los que han hecho la razón de su vida de este «contacto»? ¿Cómo ha sido su existencia? ¿Ha sido, la suya, la vida que no concluye, típica de los ilusos o, por el contrario, una vida llena, activísima, fecunda y que ha enriquecido al mundo entero? Para descubrirlo basta que le pidamos a la mente el nombre de algunos grandes orantes: Moisés, Jesucristo, Benito de Nursia, Francisco de Asís (definido por los contemporáneos como «un hombre hecho oración»), Teresa de Ávila; más cercano a nosotros y fuera del ámbito estrictamente eclesiástico, el filósofo Kierkegaard y el ex-secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld.

La oración es lo que puede dar alma a nuestra civilización tecnológica e impedir que nuestras ciudades se transformen en desiertos humanos. He conocido a un sacerdote francés, que era capellán de los estudiantes en la Sorbona. Después de la contestación de 1968, pasó dos años en una cabaña en pleno desierto del Sahara, que se había construido él sólo, teniendo consigo solamente la Biblia y la Eucaristía. Allí, el Señor le hizo concebir una cosa: que hoy el verdadero desierto son las grandes ciudades, en donde, perdido Dios, el hombre vive en una soledad peor que la de las áridas extensiones del Sahara. Volvió a Francia e inició en París la Comunidad monástica de Jerusalén, llamada también de los «monjes de la ciudad». Son hombres y mujeres, que viven la vida de oración de los antiguos monjes; pero, en el corazón de la ciudad, bajo la mirada de la gente, dando posibilidad, a quien quiera, de unirse a su oración.

Precisamente, el ejemplo de las señales del cosmos nos puede ayudar a almacenar algo de nuevo sobre la oración. En efecto, esto es precisamente entrar en diálogo con otro mundo, que está por encima de nosotros. No simplemente «con otros seres inteligentes», sino con el creador de todo, el Padre que nos conoce, nos ama y nos quiere ayudar. Un diálogo, en el que entre la petición y la respuesta ya no deben transcurrir siglos o milenios, porque todo es instantáneo. Es más, hasta la petición es conocida antes de que sea formulada. Según una definición clásica, la oración no es más que esto: «Una pía conversación con Dios».

Una descripción de la oración, que a mí me gusta mucho, (proviene de Ángela de Foligno) es, también, la siguiente: «Orar significa recoger en unidad la propia alma y sumergirla en el infinito, que es Dios». La Escritura usa para la oración muy frecuentemente el término «elear o levantar»: «A ti, Señor, levanto mi alma... » (cfr. *Salmo* 123,1). De hecho la oración se puede definir también así: «Una piadosa elevación del alma a Dios». Tal es la bellísima oración-antífona con que comienza hoy la misa:

«Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío; inclina el oído y escucha mis palabras. Guárdame como a las niñas de tus ojos; a la sombra de tus alas escóndeme») (*Salmo* 16, 6-8).

La oración tiene su demostración en sí misma y no desde el exterior. «El apetito, dice el proverbio, nos viene comiendo»; el gusto de la oración nos viene orando. Orando, se entiende, siempre que no sea una ficción o una ilusión. En ella nos damos cuenta de que se establece en verdad una comunicación con Dios, aun cuando misteriosa e intraducible en términos humanos. No acontece como en el eco, que te remite hacia atrás las mismas palabras; aquí se trata de palabras nuevas nunca pensadas o imaginadas, palabras que expresan frecuentemente las vueltas fundamentales de la vida.

Una de las objeciones más frecuentes que se hacen contra la oración es ésta: Dios conoce y ha decidido desde siempre el curso de los acontecimientos; por consiguiente, ¿cómo la criatura, con su oración, puede pensar en cambiar una decisión eterna de Dios? La respuesta de santo Tomás de Aquino es: «La providencia divina no se limita a disponer la producción de talo cual efecto, sino que también fija de qué causas se ha de originar y en qué orden. Ahora bien, entre las muchas causas existentes una de ellas son los actos humanos. Si los hombres, por tanto, son causa de algo, esto no quiere decir que sus actos inmuten la disposición divina sino que, al hacer tal cosa, ejecutan un efecto que está de antemano dispuesto por Dios. Esto sucede aun en las causas naturales. y no de otro modo en la oración. Nuestra oración no tiende a cambiar la disposición divina, sino a obtener todo aquello que Dios tenía dispuesto conceder por las oraciones de las almas santas, es decir, que «con nuestra petición merecemos recibir lo que Dios desde toda la eternidad tenía pensado darnos» como dice san Gregorio» (cfr. *Suma Teológica* II-II, q. 83, a. 2).

La increíble dignidad de la oración ya aparece en esto. Con ella, la criatura viene admitida al mismo momento decisorio de Dios; es elevada a una dignidad increíble. «¿Por qué, se pregunta Pascal, Dios ha establecido la oración?» y responde: «Para comunicar a sus criaturas la dignidad de su causalidad» (*Pensamientos* 513). Orar significa gestionar el propio destino y la propia libertad del modo más profundo y auténtico. ¡Más que «una vergüenza», «una cosa de esclavos», como sostenía Nietzsche!

Más que una obligación, por lo tanto, orar es un inaudito privilegio, una concesión. Es necesario llegar a encontrarse en ciertas situaciones extremas, para descubrir qué significa para el hombre el simple hecho de que le ha sido «consentido» orar. Recuerdo un canto *espiritual negro*, en el que alguien grita con alegre sorpresa: «Pero, ¡yo estoy orando! (*Heavenly Highway*). ¿Quién no se tendría por afortunado de poder hablar cada día y de cada cosa con el soberano en persona?

Pero, no hemos terminado de responder a las objeciones. En la parábola de hoy Jesús dice que a quienes ruegan Dios no les hará esperar prolongadamente sino que responderá «prontamente». Pero, entonces, nos preguntamos de inmediato, ¿por qué tantas de nuestras oraciones resultan no oídas? Éste es un problema serio e hiriente para el creyente y es necesario reservarse de las respuestas fáciles y simplistas. Jesús sabía bien que, a veces, la consecución de lo pedido en la oración puede tardar o incluso no suceder, al menos ante nuestros ojos. Precisamente por esto narró la parábola de la viuda, exhortándonos a «orar siempre sin cansarnos nunca».

Si no podemos entender por qué Dios no escucha ciertas de nuestras oraciones, podemos, sin embargo, entender qué desastre sería... si las escuchase todas y siempre. Cuántas personas cuando le pedían algo, a continuación, han bendecido a Dios por no haberles escuchado, viendo de qué les habría privado.

Dado que hemos hablado de la oración, quisiera recordaros la propuesta que os lancé en algún Domingo precedente: ¡el *Padre Nuestro*, en el domingo, antes de la comida en cada familia cristiana!

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Contemplando la bondad de Dios

Como tantas otras veces contemplamos al Señor, en esta ocasión guiados por san Lucas, adoctrinando a la gente. Les muestra Jesús al mismo Dios: **que te conozca y que me conozca**, le pedimos nosotros con san Agustín. Y nos ponemos en manos del Espíritu Santo, abandonados confiadamente, como hijos pequeños que somos de nuestra Madre del Cielo, mientras contemplamos en silencio a Jesús que nos habla.

Cualquiera puede entender que el Señor se dirigía a la gente aquel día como Maestro. Sería una de esas ocasiones que dieron pie al asombro de los judíos: **nunca habló nadie así...** Como otras veces, utiliza Jesús en su enseñanza una parábola, de modo que se grave más fácilmente la doctrina en sus oyentes, acostumbrados a aprender por este sistema, común en los maestros de la época. Ese día quiso dejar claro, mediante un ejemplo sencillo, cómo es el talante de Dios con los hombres: **sus elegidos**, y qué equivocados discurrimos cuando no somos sencillos, cuando no ponemos en Él toda la confianza, cuando –en el fondo– lo equiparamos a nosotros, que somos tantas veces indiferentes, apáticos, cómodos, egoístas, como ajenos a las inquietudes y dificultades de los demás.

¿Qué derecho tenemos a pensar que Dios no es lo bastante bueno, lo bastante misericordioso, lo bastante Padre? Nos cuesta sentirnos en su presencia amorosa y fuerte –siempre a nuestro favor– y nos quedamos, en cambio, solos con nosotros mismos. Una fría soledad, cargada de temor por el fracaso y la falta de recursos, pretendemos que sea en ocasiones el impulso de nuestros actos. Estimulados por el miedo, se nos antoja que los proyectos que nos aguardan: profesionales, familiares, sociales de muy diverso tipo, son ante todo, problemas; problemas nuestros que debemos sacar adelante solos, a pura fuerza. Todos tenemos problemas y cada uno debe resolver los suyos, concluimos tal vez no pocas veces. Es la soledad inevitable –incluso rodeados de una multitud– de una vida sin un Padre Dios.

Una niña pequeñita va hace años con sus padres en tren viajando de noche. Era uno de esos departamentos con varias literas. En el mismo departamento había otras tres personas. Sus padres habían salido un momento: “Mamá, ¿estás ahí?”, pregunta la pequeña ya con la luz apagada (silencio). “Mamá, ¿estás ahí?...” insiste (silencio)... “Papá, ¿estás ahí?...” (silencio)... “Papá, (estremecida) ¿estás ahí?...” “¡NO!, (responde una voz ronca) ¡mamá no está aquí, papá no está aquí, pero yo sí estoy aquí tratando de dormirme!, ¡¡por tanto, cállate!!” (silencio más prolongado) “Oye, Mamá” –pregunta por fin la niña–, “¿era Dios?”

No tenemos capacidad para imaginarnos la maravilla de Dios, ni el amor que nos tiene. Debemos decir de su amor por nosotros lo que san Pablo del Cielo, que **ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por el pensamiento...** lo que Dios nos tiene reservado. ¡Auméntanos, Señor, la esperanza! **¡Soñad y os quedaréis cortos!**, aconsejaba san Josemaría. Y si se cumplen en nuestros sueños respecto a la extensión de la labor apostólica y al propio progreso espiritual, es ante todo, porque es inmenso el cariño que Dios nos tiene: que no nos regatea la Gracia que esperamos de Él con confianza. En esa ayuda divina se fundamenta nuestro sueño ilusionado.

¡Aparta, Señor, de mí –le suplicamos– ese resto de visión estrecha que todavía tengo al contemplarte! Quizá es que te contemplo poco. Voy, Señor, tan a lo mío, incluso cuando quiero hacer las cosas por Tí, que no te doy tiempo a que me inundes con tu Gracia. Termino por llevar a cabo asuntos técnicamente acabados, pero tal vez sólo con la perfección de una cadena de montaje, sin alma, sin tu Gracia, sin tu ayuda; y sin la alegría y la paz del hijo pequeño que termina –claro– una pequeñez casi siempre para su padre.

¡Galopar, galopar!... –leemos en Camino– ¡Hacer, hacer!... Fiebre, locura de moverse... Maravillosos edificios materiales...

Espiritualmente: tablas de cajón, percalinas, cartones repintados... ¡galopar!, ¡hacer! —Y mucha gente corriendo: ir y venir.

Es que trabajan con vistas al momento de ahora: “están” siempre “en presente”. —Tú... has de ver las cosas con ojos de eternidad, “teniendo en presente” el final y el pasado...

Quietud. —Paz. —Vida intensa dentro de ti. Sin galopar, sin la locura de cambiar de sitio, desde el lugar que en la vida te corresponde, como una poderosa máquina de electricidad espiritual, ¡a cuántos darás luz y energía!..., sin perder tu vigor y tu luz.

Eso le pedimos al Paráclito: **Llena también de amor los corazones**, como dice el himno litúrgico, de cuantos de un modo u otro dependen de mí. Es lo mejor que puedo desearles: el optimismo sobrenatural tan propio de los santos. Como san Pablo que habla de **la libertad y la gloria de los hijos de Dios...**, de **alegrarse siempre en el Señor...** Y aconsejaba: **ora comáis, ora bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios.**

María –¡cómo no!– es modelo perfecto de contemplación y optimismo, de fe y esperanza. Se siente contemplada por su Creador, amada; es por eso la **bienaventurada entre todas las generaciones**, y no hay criatura feliz como Ella.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

La oración del cristiano

Después, Jesús les enseñó con una parábola que era necesario orar siempre sin desanimarse. El Evangelio mismo —como se ve— fija hoy el tema de nuestra reflexión sobre la palabra de Dios y ese tema es la oración. La liturgia subrayó ese tema en la elección de la primera lectura que nos describió una es cena de oración solemne y dramática: Moisés que ora en la montaña con los brazos en alto, mientras su pueblo, en la llanura, combate por la vida o por la muerte.

Debemos, pues, hablar de la oración, o mejor, dejamos instruir por Dios sobre oración. “La oración —escribió un Padre de la Iglesia— es un diálogo con Dios y es un bien supremo. Es, de hecho, una comunión íntima con Dios. Así como los ojos del cuerpo al ver la luz se despejan, del mismo modo el alma que está tendida hacia Dios es iluminada por la luz inefable de la oración, cuando ésta no se hace por hábito sino que procede del corazón” (san Juan Crisóstomo, *Hom. VI sulla preghiera*; PG 64,462). La oración es, pues, la luz del alma. En la oración, ya somos lo que seremos en la vida eterna: cara a cara con Dios (cf. 1 Col 13,12).

Cuando oren, digan: Padre nuestro... (Lc. 11,2). Con estas dos únicas palabras Jesús definió qué es la oración y cuál debe ser la actitud de fondo del discípulo cuando ora. Orar, en su forma más simple, es dirigirse a Dios como hijo; es decir *¡Abba!* Jesús no sólo enseñó este nuevo modo de orar (¡nuevo, porque ningún hebreo se había atrevido nunca a dirigirse a Dios con ese título tan familiar!), sino que lo vivió. El apóstol Pablo estaba como fascinado por esa oración de Jesús; fue él quien tomó de la tradición oral la palabra aramea *Abba* y la transmitió, sin traducirla, a los convertidos del paganismo, evitando que se perdiera su recuerdo. Fue él, también, aquí puso en evidencia las consecuencias que surgían para la Iglesia de la oración de su Cabeza: los miembros deben orar como oraba la Cabeza, los discípulos como oraba el Maestro; en él, de hecho, también ellos se convirtieron en “hijos” de Dios.

Si el orante cristiano es un hijo que habla con su Padre, una cosa debe brillar sobre todo en su oración: la libertad. La oración del cristiano es auténtica y es cristiana en la medida en que es libre. *Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos* (Rom. 8,15); ahora bien, donde está ese espíritu, hay libertad (cf. 2 Cor. 7,17).

Pero, ¿qué significa la palabra “libertad” aplicada a la oración? No una ocasión dada a la carne, especifica el mismo Pablo (cf. Gal. 5,13), ni una “excusa para la malicia”, escribe el apóstol Pedro (1 Ped. 2,16). Decir que la oración debe ser libre y espontánea no significa, entonces, decir que somos libres de orar o de no orar, o de orar cuando nos da la gana; ni significa justificar el desorden, la desidia y la superficialidad en el orar. Libertad significa aquí algo muy profundo; indica la apertura interior del espíritu, la confianza, la sinceridad, la ausencia de complejos, en el hablar con Dios.

Todos hemos tenido la experiencia de dos tipos de conversación. Una es la conversación en la que nos sentimos cómodos: sentimos afecto por la persona que tenemos enfrente; creemos en su sinceridad; nos miramos a los ojos y nos comprendemos al vuelo; no necesitamos pesar las palabras o disimular las intenciones. La otra es la conversación en la que no somos libres, o porque mentimos nosotros, o porque no confiamos en el interlocutor; mantener esa conversación puede resultar un tormento: los ojos no saben qué mirar y el nerviosismo traduce el desasosiego interior que se siente. Pues bien, la oración debe parecerse al primer tipo de conversación, no al segundo; debe ser un hablar (y un escuchar) libre y espontáneo.

A esta libertad en la oración se oponen algunas esclavitudes de las que debemos liberarnos.

La primera es *la esclavitud de las fórmulas*. Quién sabe cómo, ha terminado imponiéndose, en medio del pueblo cristiano la convicción de que con Dios hay que usar ciertas fórmulas fijas, como si la eficacia de la oración estuviera en la fuerza mágica que tienen ciertas palabras sobre la divinidad, más aún, en la pura y absoluta generosidad de Dios. Los paganos —decía Jesús— piensan así, por eso multiplican las palabras, pensando que son atendidos gracias a su multiloquio (d. Mt. 6,7). Un signo de esta esclavitud ritualista puede ser no saber orar si no es con oraciones conocidas de memoria: el Padre nuestro, el Avemaría, el Gloria, etc. Estas son oraciones sublimes que hacen posible, entre otras cosas, que muchos hermanos recen juntos al unísono. No obstante, corren el riesgo de no decir nada, de convertirse en cáscaras vacías, si no son acompañadas de una oración personal que surja con palabras propias, o sin ninguna palabra, del corazón y no de la memoria. Ninguno de nosotros tomaría en serio a un amigo que le hablara siempre con frases hechas (¡como un libro impreso!), o a un novio que escribiera cartas de amor copiándolas de una antología. En algún momento de la vida espiritual, es aconsejable incluso dejar un poco de lado las oraciones conocidas y hablar a Dios “*ex abundantia cordis*”, como decía Jesús (Mt. 12,34), con simplicidad y confianza filial, a lo mejor también discutiendo y luchando con él, como hizo Jacob (cf. Gen. 32,23ssq.). Esto vale tanto para la oración personal y privada como para la oración comunitaria que se hace, a veces, en grupos de oración espontánea y creativa.

La última barrera que debe superarse en este campo es la de las palabras mismas, ya sean repetidas de memoria o también creadas en el momento por nosotros. Cuando la palabra ya no basta, sino que corre el riesgo incluso de convertirse en un obstáculo porque obliga a Dios a ir detrás de nuestros esquemas mentales (¡las palabras son casilleros!); cuando la palabra ya no basta, decía, entonces hay algo mejor que la palabra: está el silencio, el gesto, el júbilo del corazón que se traduce en simples exclamaciones o modulaciones de voz (lo que los primeros cristianos, muy probablemente, entendían con la expresión “orar en lenguas”).

Se dice que la oración es un diálogo con Dios y es verdad; pero un cristiano debería aspirar a una forma todavía más íntima de oración que ya no es un diálogo, sino un *dúo*. El diálogo es cuando dos personas hablan alternativamente, una habla y la otra escucha y viceversa; el *dúo* es cuando dos personas hablan —mejor, cantan— al unísono. La oración más alta se logra, entonces, cuando el creyente se une al Espíritu Santo que ora en él “con gemidos inexpresables” (se entiende: ¡inexpresables en palabras!) y juntos gritan: ¡*Abba*, Padre! ¡Ese es el dúo que Dios más ama!

La segunda *esclavitud* es la de *los lugares*, el no saber orar si no es en la iglesia, o en un santuario, o a los pies de la cama. A la samaritana que le preguntaba “dónde” era necesario adorar a Dios, Jesús le respondió que para adorar al Padre no hacía falta ir a Jerusalén o al Monte Garizim, porque Dios es espíritu y es posible adorar en todo lugar *en espíritu y en verdad* (Jn. 4,21ssq.).

En todas partes: por lo tanto, también es posible orar en el colectivo o el subte, también mientras vamos en auto por una calle libre y recta, también mientras tenemos las manos ocupadas escribiendo o limpiando. “No es necesario levantar nuestro ánimo a Dios solamente cuando nos dedicamos con todo el espíritu a la oración. Es menester que, también cuando estemos ocupados con los quehaceres, ya sea atendiendo a los pobres, o en otras actividades, tengamos el deseo y el recuerdo de Dios, para que, condimentado por el amor divino, como con sal, todo pase a ser alimento gustosísimo para el Señor del universo” (san Juan Crisóstomo).

Es necesario llevar siempre el propio “oratorio” y entrar en él cada tanto. Santa Catalina de Siena decía que se había construido una celda interior que llevaba siempre consigo en sus viajes apostólicos. Y san Agustín se decía a sí mismo: “Entra en ti mismo; dentro de ti habita la Verdad” y te espera. A María de Betania le fue dicho un día: *El Maestro está aquí y te llama* (Jn. 11,28). No es necesario ser san Agustín o santa Catalina para aspirar a tanto; basta ser bautizados, estar “en gracia” y ser creyentes (creyentes, sobre todo, en el amor de Dios).

La tercera *esclavitud* es la de *los tiempos*. Sin duda, es importantísimo tener, o ponerse, tiempos fijos de oración durante el día. No obstante, hay cristianos que todavía no logran concebir la oración fuera de algunos tiempos tradicionales: a la mañana, apenas se levantan, o a la noche, antes de dormirse. “No dije las oraciones de la mañana y de la noche”, oímos repetir en el confesonario. Pasados esos momentos, creen que la oración se acabó, como si Dios tuviera una oficina, como las personas importantes de este mundo, con un cartel: Se recibe solamente de tal hora a tal hora.

También en esto, el modelo debe ser tomado de la vida. Siempre que ha habido en nuestra vida una persona realmente muy querida (un amigo, la novia, un hijo recién nacido), pensar en ella no quedaba limitado a dos momentos en el día; al contrario, cada vez que afloraba un pensamiento, la mente y el corazón corrían detrás volando y se encendía dentro como una luz. Lo mismo debe ocurrir *con Dios*. Dice un salmo muy bello: *Mientras me acuerdo de ti en mi lecho, en las horas de la noche medito en ti, o sea, también cuando nos despertamos en medio de la noche, soy feliz a la sombra de tus alas* (Sal. 63,7sq.).

Debemos volver a mencionar aquí la exhortación que oímos en el Evangelio de hoy: *Orar siempre sin cansarse nunca*. La comunidad primitiva tomó muy en serio esta recomendación de Jesús: *Todos se reunían asiduamente... en las oraciones* (Hech. 2,42). “Orar incesantemente no significa estar continuamente de rodillas o con los brazos en alto. Hay otra oración, la interior, y es tu deseo. Si tu deseo es continuo, continua es tu oración. Aquel que desea a Dios y su reposo, aunque calle con la lengua, canta y ora con el corazón, pero para Dios es mudo” (san Agustín, *Enarr. in Ps.* 37,14; 86,1).

La oración es el espejo fiel de la vida. Una actitud de verdadera oración no se improvisa; es fruto de atención a Dios, de fidelidad en las cosas pequeñas, de ascesis. ¡Hay que orar antes de orar! O sea, empezar a invocar a Dios “de lejos”, antes del momento que pensamos dedicar a la oración, para que él nos disponga el corazón y la mente y empiece a atraernos hacia sí. Luego, cuando llega el momento, hacer un corte neto con las ocupaciones y los pensamientos de antes (como quien atraviesa descalzo un río, dejando todo el equipaje en la orilla) para ofrecerse entero al diálogo con Dios. Hay un espléndido texto del profeta Habacuc que expresa esta actitud de quien está por ponerse en actitud de oración; dice: *Me pondré en mi puesto de guardia* (o sea en escucha) *y me apostaré sobre el muro; vigilaré para ver qué me dice el Señor y qué responde a mi reproche* (Hab. 2,1). De pie, en los bastiones de una fortaleza, teniendo adelante solamente el cielo y todo el resto atrás: he ahí la actitud ideal para una oración personal, verdaderamente profunda.

Subir a los bastiones quiere decir entrar en una actitud, más que en un lugar. Y no obstante, de vez en cuando, también es necesario entrar en un lugar. El consejo nos viene directamente de Jesús: Cuando ores, retírate a tu habitación, cierra la puerta, y ora a tu Padre que está en lo secreto (Mt. 6,6). Para algunos, la propia habitación es el último refugio de oración en este mundo; es necesario, por eso, tomar al pie de la letra esa recomendación del Señor. En el Evangelio de Juan, se lee que la noche de Pascua, “estando cerradas las puertas del lugar”, Jesús llegó donde se encontraban sus discípulos (cf. Jn. 20,19); Jesús llega cuando las puertas están cerradas, porque él viene “desde el interior”.

La primera lectura nos hizo ver a Moisés mientras, en la montaña, ora con los brazos levantados; cuando sus brazos están levantados, Israel es más fuerte que Amalek; cuando sus brazos, cansados, caen, Amalek se vuelve más fuerte y vence a Israel. Esta es una parábola; algunos Padres de la Iglesia (como por ejemplo Orígenes) le dieron, hace mucho, una interpretación espiritual. Amalek es símbolo de las fuerzas hostiles (el mal, el pecado, el mundo) que se oponen al pueblo de Dios. Cuando el creyente ora es más fuerte que el mal que hay dentro de él y a su alrededor, nadie puede vencerlo; en todas las cosas —dolor, contrariedad, persecución, duda, cansancio— es “más que vencedor”. Pero cuando baja las manos —cuando deja de orar— es un vencido; Amalek, o sea la sensualidad, la acidia, la ira, la avaricia, son más fuertes y lo arrastran. Su vida espiritual se parece a una barca que perdió vela y timón y ahora está detenida en medio del mar, expuesta a todos los vientos. Muchas exigencias de la vida cristiana parecen imposibles y superiores a las fuerzas humanas (¡y lo son!), pero se tornan posibles con la ayuda de la oración. En la oración ocurre algo similar a lo que ocurre en el árbol, gracias al proceso de clorofila: el árbol vive y florece porque sus hojas, expuestas a la luz, fijan el oxígeno del aire; el creyente vive y se renueva cuando en la oración se “expone” a la luz de Dios y “fija” en su alma, al Espíritu Santo. La oración es nuestro oxígeno espiritual.

Llegados a este punto, lo único que nos queda es hacer lo que hicieron un día los discípulos: dirigirnos a Jesús e implorarlo: *¡Señor, enséñanos a orar!* (Lc. 11,1); habían entendido que no sabían orar y también nosotros entendimos que no sabemos orar (al menos como la palabra de Dios nos reveló hoy que debe orarse); nos distraen mil cosas; rara vez la oración tiene la posibilidad de calar hondo en nosotros y nosotros en la oración; nuestro corazón a menudo es “una tierra estéril y sin agua”. Por eso, Señor, ¡enséñanos a orar! Tú sabes enseñar no sólo con palabras, sino en la realidad; puedes dar en un momento lo que solos no podemos conquistar y mantener: el espíritu de oración.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la beatificación de Teresa María de la Cruz, en Florencia (19-X-1986)

– La llamada de Dios por medio de la Palabra

“Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?” (Lc 18,8).

Las palabras pronunciadas por Cristo, al formular esta pregunta, contienen una especie de desafío a la Iglesia de todos los tiempos.

La Iglesia es misionera cuando acoge con fe, con esperanza y con caridad la Palabra de Dios: esta palabra que es “viva, eficaz y escruta los sentimientos y los pensamientos del corazón” (cfr. Hb 4,12).

La Iglesia vive a la luz de esta Palabra. Vive y se renueva con el poder de esta Palabra.

El poder de la Palabra de Dios se funda en la Verdad -en la Verdad definitiva, porque es también la primera-. En la Verdad absoluta, es decir, en una verdad en la que “se recapitulan” todas las verdades que derivan de ella, las verdades humanas. En la verdad como tal, absolutamente sencilla y límpida, que resulta accesible a los “pequeños”, que se revela a todos los hombres “puros de corazón” y de buena voluntad, como Jesús nos ha enseñado en su Evangelio...

¡El poder de la Palabra de Dios está en la verdad y está en la misión! Aunque está por encima de las inteligencias y de los corazones, ella es la verdad salvífica, es la Buena Nueva.

Dios llega con ella hasta la Creación. Llega hasta el hombre. Dios confía esta verdad salvífica al Hijo y al Espíritu Santo, que son de la misma naturaleza que el Padre, y enviados por Él.

La Iglesia permanece “in statu missionis” encontrándose incesantemente con esta divina Mensajera -es decir, la Verdad- y con la misión del Hijo en el Espíritu Santo de parte del Padre.

– Llamados a la santidad

La santidad es ese “levantar los ojos hacia los montes”, de que habla el Salmo responsorial (cfr. Sal 120/121,1): es la intimidad con el padre que está en los cielos; la intimidad con el Espíritu Santo mediante Cristo.

En esta intimidad vive el hombre, consciente de su camino, que tiene sus límites y sus dificultades: el hombre que mira con confianza hacia Dios.

– Confianza y seguridad en Dios

Santidad es la conciencia de estar “custodiados”. Custodiados por Dios. El Santo conoce muy bien su fragilidad, la precariedad de su existencia, de sus capacidades. Pero no se asusta. Se siente igualmente seguro.

Confía en el hecho de que Dios “no permitirá que resbale su pie, que lo guardará a su sombra, que lo guardará de todo mal” (cfr. Sal 120/121,3.5.7.8).

No obstante, los santos sienten muchas tinieblas en sí mismos, sienten que están hechos para la Verdad. Para Dios-Verdad. Y ciertamente, en su vida dan cada día más espacio a esta Verdad. De aquí nace esta seguridad que los distingue: donde los otros vacilan, ellos resisten. Donde los otros dudan, ellos ven claro.

La santidad quiere decir también tener las manos alzadas en plegaria a Dios, mientras alrededor se desarrolla un combate, mientras continúa la lucha entre el bien y el mal.

A primera vista puede parecer que el compromiso de la contemplación y de la oración nos aleja de las luchas de la vida, como si fuese una renuncia a combatir. Pero quien piensa así no conoce el poder de la oración, tal como aparece claramente en la Primera lectura de la Misa.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

La insistencia sin desmayos en la oración nos es propuesta por el Señor con la expresiva parábola que acabamos de oír, porque Dios nos escucha siempre y da lo que “es bueno a quienes se lo piden” (Cf Mt 7,11).

Cristo nos ha dado ejemplo de la confianza con que debemos acudir siempre a Dios. “Ora antes de los momentos decisivos de su misión: antes de que el Padre dé testimonio de Él en su Bautismo (Cf Lc 3,21) y de su Transfiguración (Cf Lc 9,28), y antes de dar cumplimiento con su Pasión al designio de amor del Padre (Cf Lc 22,41-44); Jesús ora también ante los momentos decisivos que van a comprometer la misión de sus apóstoles: antes de elegir y de llamar a los Doce (Cf Lc 6,12)... La oración de Jesús ante los acontecimientos de salvación que el Padre le pide que cumpla, es una entrega humilde y confiada de su voluntad humana a la voluntad amorosa del Padre” (C.E.C., 2600).

Y otro tanto habría que decir de los primeros discípulos que “todos ellos perseveraban unánimes en la oración, en compañía de algunas mujeres, y con María, la Madre de Jesús, y sus hermanos” (Hch 1,14).

La confianza en Dios se prueba justamente en la constancia a la hora de rezar. Hay quien deja de orar porque piensa que su petición no es escuchada. Pero, ¿qué pedimos nosotros tantas veces sino la solución que juzgamos mejor para nuestros problemas o, incluso, piedras en lugar de pan? “Nosotros no sabemos pedir como conviene”, asegura S. Pablo (Rm 8,26). En cambio, nuestro Padre Dios sabe bien lo que nos hace falta antes de que se lo pidamos (Cf Mt 6,8). “No te aflijas, dice S. Agustín, si no recibes de Dios inmediatamente lo que pides: es Él quien quiere hacerte más bien todavía mediante tu perseverancia con Él en oración. Él quiere que nuestro deseo sea probado en la oración. Así nos dispone para recibir lo que Él está dispuesto a darnos”.

En este mes que la Iglesia dedica al Santo Rosario debemos dirigirnos a Dios a través de María, “la orante perfecta, figura de la Iglesia... Podemos orar con ella y a ella. La oración de la Iglesia está sostenida por la oración de María” (C.E.C., 2679). En el Rosario pedimos, entre otras cosas importantes, que se acuerde de nosotros ahora, en el hoy de nuestra vida, y en la hora de la muerte, como lo estuvo en la muerte de su Hijo en la Cruz y nos acoja para conducirnos a la gloria del Señor.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«*Pedid*»

I. LA PALABRA DE DIOS

Ex 17, 8-13: Mientras Moisés tenía en alto la mano, vencía Israel

Sal 120, 1-2, 3-4, 5-6, 7-8: El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra

2 Tim 3,14-4,2: El hombre de Dios estará perfectamente equipado para toda buena obra

Lc 18, 1-8: Dios hará justicia a sus elegidos, que claman a él

II. LA FE DE LA IGLESIA

«Mediante la oración de petición mostramos la conciencia de nuestra relación con Dios: por ser criatura, no somos ni nuestro propio origen, ni dueños de nuestras adversidades, ni nuestro fin último; pero también, por ser pecadores, sabemos, como cristianos, que nos apartamos de nuestro Padre. La petición ya es un retorno a Él» (2629).

«La petición de perdón es el primer movimiento de la oración de petición» (2631)... «La petición cristiana está centrada en el deseo de Dios y en la búsqueda del reino que viene...» (2632) «...Toda necesidad puede convertirse en objeto de petición» (2633).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«A los que buscan el Reino y la justicia de Dios, Él les promete darles todo por añadidura. Todo en efecto pertenece a Dios: el que posee a Dios, nada le falta, si él mismo no falta a Dios» (S. Cipriano) (2830).

«La oración de Moisés es la figura cautivadora de la oración de intercesión que tiene su cumplimiento en el único Mediador entre Dios y los hombres, Cristo-Jesús» (1 Tm 2, 5) (2574).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

La enseñanza de Jesús sobre la oración insiste en que debe practicarse con fe y constancia, sin desanimarse por el momento de silencio de Dios. Moisés fue un gran ejemplo de orante. Su plegaria hecha con perseverancia fue eficaz.

Sigue la exhortación de S. Pablo a Timoteo: La Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura es el principal instrumento para que los sucesores de los apóstoles ejerzan su ministerio.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La oración de petición: 2629-2630.

El modelo del Padrenuestro: las siete peticiones: 2803-2806.

La respuesta:

La oración de petición cristiana: 2631-2633.

El modelo de Moisés: 2574-2577.

C. Otras sugerencias

El ejemplo de Moisés y la parábola del Evangelio nos animan a orar con confianza. La oración es eficaz.

Muchas veces oramos pidiendo a Dios por nuestras necesidades. ¿Cómo es nuestra oración de petición?

Quien pide es un necesitado. Quien pide a Dios es un necesitado radical. Por eso:
pide perdón

pide que Él le llene

pide «todo lo demás» por añadidura.

El modelo del Padre Nuestro. Petición central: venga a nosotros tu Reino, y luego las otras peticiones de la segunda parte de la oración del Señor.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

El poder de la oración.

– Oración confiada y perseverante.

I. *Yo te invoco porque Tú me respondes, Dios mío; inclina el oído y escucha mis palabras. Guárdame como a las niñas de tus ojos; a la sombra de tus alas escóndeme*¹, leemos en la Antífona de entrada de la Misa.

Los textos de la liturgia se centran en el poder que tiene ante Dios la oración perseverante y llena de fe. San Lucas, antes de narrarnos, en el Evangelio de la Misa², la parábola de la viuda y del juez inicuo, nos indica el fin que Jesús se propone: *Les propuso esta parábola para hacerles ver que conviene perseverar en la oración sin desfallecer*. En la vida sobrenatural hay acciones que se realizan una sola vez: recibir el Bautismo, el sacramento del Orden... Otras, es necesario llevarlas a cabo muchas veces, como perdonar, comprender, sonreír... Pero hay acciones y actitudes que son de siempre, para las que será necesario vencer el cansancio, la rutina, el desánimo. Entre éstas se encuentra la oración, manifestación de fe y de confianza en nuestro Padre Dios, aun cuando parezca que guarda silencio. San Agustín, al comentar este pasaje del Evangelio, pone de relieve la relación que existe entre la fe y la oración confiada: “Si la fe flaquea, la oración perece”, enseña el Santo; pues “la fe es la fuente de la oración” y “no puede fluir el río si se seca el manantial del agua”³. Nuestra oración –¡tan necesitados estamos!– ha de ser continua y confiada, como la de Jesús, nuestro Modelo: *Padre, ya sé que siempre me escuchas*⁴. Él nos oye siempre.

La *Primera lectura* de la Misa nos propone la figura de Moisés orante⁵ en la cima de un monte, mientras Josué se enfrentaba a los amalecitas en Rafidín. Cuando, en actitud de súplica, *Moisés tenía en alto las manos, vencía Israel; cuando las bajaba, vencía Amalec*. Y para que Moisés siguiera orando, *Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado*. Así, mantuvo en alto las manos hasta la puesta del sol. *Josué derrotó a Amalec y a su tropa, a filo de espada*.

No debemos cansarnos de orar. Y si alguna vez comienzan a hacernos mella el desaliento o la fatiga, hemos de pedir a quienes nos rodean que nos ayuden a seguir rezando, sabiendo que ya en ese momento el Señor nos está concediendo otras muchas gracias, quizá más necesarias que los dones que le pedimos. “Quiere el Señor concedernos las gracias, pero quiere que se las pidamos –enseña San Alfonso M^a de Ligorio–. Un día llegó a decir a sus discípulos: *Hasta ahora no habéis pedido cosa alguna en nombre mío. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido* (Jn 16, 24). Como si dijera: No os quejéis de Mí si no sois plenamente dichosos, sino quejaos de vosotros

¹ Antífona de entrada. *Sal* 16, 6-8.

² *Lc* 18, 1-8.

³ Cfr. SAN AGUSTIN, *Sermón* 115, 1.

⁴ *Jn* 11, 42.

⁵ *Ex* 17, 8-13.

mismos por no haber buscado lo que necesitabais; pedídmelo en adelante y seréis atendidos”⁶ San Bernardo comenta que muchos se quejan de que no les ayuda el Señor, y es el mismo Jesús – afirma el Santo– quien tendría que lamentarse de que no le piden⁷. Oremos como Moisés: con perseverancia en medio del cansancio, con la ayuda de los demás cuando sea necesario. Es mucho lo que está en juego. Es dura la batalla.

Examinemos hoy si nuestra oración es perseverante, confiada, insistente, sin cansarnos. ***Persevera en la oración, como aconseja el Maestro. Este punto de partida será el origen de tu paz, de tu alegría, de tu serenidad y, por tanto, de tu eficacia sobrenatural y humana***⁸. Nada puede contra una oración perseverante.

– **Constancia en la petición. Parábola del juez inicuo.**

II. Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra⁹, rezamos en el Salmo responsorial.

La idea central de la parábola que leemos en el Evangelio de la Misa nos muestra a dos personajes entre los que existe un fuerte contraste. Por un lado está el juez que *ni tenía temor de Dios ni respeto a hombre alguno*: le faltan las dos notas esenciales para vivir la virtud de la justicia. En el Antiguo Testamento ya hablaba el Profeta Isaías de los que *no hacen justicia al huérfano y a quienes no llega el pleito de la viuda*¹⁰, de los que *absuelven al malo por soborno y quitan a los justos su derecho*¹¹. Jeremías alude a los que *no juzgaban la causa del huérfano y no sentenciaban el derecho de los pobres*¹².

Al juez contraponen el Señor una viuda, símbolo de persona indefensa y desamparada. Y a la insistencia perseverante de la viuda, que acude con frecuencia al juez para exponerle su petición, se opone la resistencia de éste. El final inesperado sucede precisamente después de un continuo ir y venir de la viuda y de las reiteradas negativas del juez. Termina por ceder el juez, y la parte más débil obtiene lo que deseaba. Y la razón de esta victoria no está en que haya cambiado el corazón del administrador de la justicia: la única arma que ha conseguido la victoria es la petición insistente, la tozudez de la mujer, la constancia que vence la oposición más tenaz. Y concluye el Señor con un fuerte giro: *¿Acaso Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a Él día y noche, y les hará esperar?* Nos hace ver que el centro de la parábola no lo ocupa el juez inicuo, sino Dios, lleno de misericordia, paciente y celoso por los suyos.

Hasta el fin de los tiempos, la Iglesia –día y noche– dirigirá un clamor suplicante a Dios Padre, por medio de Jesucristo, en la unidad del Espíritu Santo, porque son muchos los peligros y necesidades de sus hijos. Es el primer oficio de la Iglesia, el primer deber de sus ministros los sacerdotes. Es lo más importante que hemos de hacer los fieles, porque estamos indefensos y nada tenemos, y todo lo podemos con la oración.

La razón, que da el Señor en esta parábola, de que nuestra oración sea siempre oída es triple: la bondad y misericordia de Dios, que tanto dista del juez impío; el amor de Dios por cada uno de sus hijos; y el interés que nosotros mostramos perseverando en la oración.

⁶ SAN ALFONSO M^a DE LIGORIO, *Sermón 46*, para el domingo X después de Pentecostés.

⁷ Cfr. SAN BERNARDO, *Sermón 17* de temas diversos.

⁸ SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 536.

⁹ Salmo responsorial. *Sal 120*, 1-2.

¹⁰ *Is 1*, 23.

¹¹ *Is 5*, 23.

¹² *Jer 5*, 28.

Al terminar la parábola, Jesús añade: *Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿acaso encontrará fe sobre la tierra? ¿Acaso encontrará una fe semejante a la de esta viuda? Se trata de una fe concreta: la fe de los hijos de Dios en la bondad y en el poder de su Padre del Cielo. El hombre puede cerrarse a Dios, no sentir necesidad de Él, buscar por otros cauces la solución a las deficiencias que sólo el Señor puede resolver, y entonces no hallará jamás los bienes que le son más necesarios: Colmó de bienes a los hambrientos, y a los ricos los despidió vacíos¹³, anunció la Virgen en el Magnificat. Hemos de acudir a Dios como hijos necesitados, además de poner los medios humanos que cada situación requiera. Sólo la misericordia divina puede socorrernos en tantos bienes de los que carecemos. Cuenta el Santo Cura de Ars que el fundador de un célebre asilo de huérfanos le consultó sobre la oportunidad de atraer la atención y favor de las gentes a través de la prensa. El Santo le respondió: “En vez de hacer ruido en los diarios, hazlo a la puerta del Tabernáculo”. En muchas ocasiones el Señor quiere que sepamos resolver nuestros asuntos ante el Sagrario, y a la vez en la prensa, con los medios humanos que tengamos a nuestro alcance.*

A lo largo de los siglos, el pueblo cristiano se ha sentido movido a presentar sus peticiones a Dios a través de su Madre María, y a la vez Madre nuestra. Nos enseña San Bernardo “que subió al Cielo nuestra Abogada para que, como Madre del Juez y Madre de la Misericordia, tratara los negocios de nuestra salvación”¹⁴. No dejemos de acudir a Ella, también en las pequeñas necesidades diarias.

– La oración, consecuencia directa de la fe.

III. Una consecuencia directa de la fe es la oración, pero, a la vez, la oración presta mayor “firmeza a la misma fe”¹⁵. Ambas están perfectamente unidas. Por eso, todo lo que pedimos debe ayudarnos a ser mejores; si no fuera así, “no nos haríamos más piadosos, sino más avaros y ambiciosos”¹⁶. Cuando pedimos una nueva vivienda, la ayuda en unos exámenes o en una oposición..., debemos examinar si aquello nos ayudará a cumplir mejor la voluntad de Dios. Podemos pedir bienes materiales, la salud nuestra o de alguien a quien vemos sufrir, el salir airosos de una mala situación..., pero si vivimos de fe, si tenemos unidad de vida, comprenderemos bien que cuando pedimos e insistimos en los medios materiales o en los bienes humanos, lo que queremos, en primer lugar, no son esas cosas en sí mismas, sino al mismo Dios. El Señor es siempre el fin último de nuestras peticiones, también cuando pedimos bienes de aquí abajo, que nunca querríamos si nos alejaran de Él.

A Dios le es especialmente grata la oración por las necesidades del alma, tanto propias como de nuestros parientes, amigos y conocidos. Mucho hemos de pedir por quienes tratamos cada día, para que estén cerca del Señor. ¡Cuánto hemos de rogar por los familiares, por los amigos...! “He chocado la mano de mi amigo y, de pronto, al ver sus ojos tristes y angustiados, temí que no estuvieras en su corazón. Y me sentí molesto como ante un sagrario en el que no sé si estás.

“Oh, Dios, si Tú no estuvieras en él, mi amigo y yo estaríamos lejanos, pues su mano en la mía no sería más que carne entre carne, y su corazón para el mío un corazón del hombre para el hombre.

¹³ Lc 1, 53.

¹⁴ SAN BERNARDO, *Sermón 1*, en la Asunción de la B. Virgen María, 1.

¹⁵ SAN AGUSTIN, *De la ciudad de Dios*, 1, 8, 1.

¹⁶ *Ibidem*.

“Yo quiero que tu Vida esté en él como en mí, porque quiero que mi amigo sea mi hermano gracias a Ti”¹⁷.

No dejemos de pedir en este mes de octubre, utilizando el Santo Rosario como oración siempre eficaz para conseguir, a través de Nuestra Señora, todo aquello que necesitamos nosotros y aquellas personas que de alguna manera dependen de nosotros.

Rev. D. Pere CALMELL i Turet (Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

Es preciso orar siempre sin desfallecer

Hoy, Jesús nos recuerda que «es preciso orar siempre sin desfallecer» (Lc 18,1). Enseña con sus obras y con las palabras. San Lucas se nos presenta como el evangelista de la oración de Jesús. Efectivamente, en algunas de las escenas de la vida del Señor, que los autores inspirados de la Escritura Santa nos transmiten, es únicamente Lucas quien nos lo muestra rezando.

En el Bautismo en el Jordán, en la elección de los Doce y en la Transfiguración. Cuando un discípulo le pidió «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11,1), de sus labios salió el Padrenuestro. Cuando anuncia las negaciones a Pedro: «Yo he rogado por ti, para que tu fe no desfalezca» (Lc 22,32). En la crucifixión: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Cuando muere en la Cruz: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu», del Salmo 31. El Señor mismo es modelo de la oración de petición, especialmente en Getsemaní, según la descripción de todos los evangelistas.

—Puedo ir concretando cómo elevaré el corazón a Dios en las distintas actividades, porque no es lo mismo hacer un trabajo intelectual que manual; estar en la iglesia que en el campo de deportes o en casa; conducir por la ciudad que por la autopista; no es lo mismo la oración de petición que el agradecimiento; o la adoración que pedir perdón; de buena mañana que cuando llevamos todo el cansancio del día. San Josemaría Escrivá nos da una receta para la oración de petición: ***Más consigue aquel que importuna más de cerca... Por tanto, acércate a Dios: esfuéstrate por ser santo.***

Santa María es modelo de oración, también de petición. En Caná de Galilea es capaz de avanzar la hora de Jesús, la hora de los milagros, con su petición, llena de amor por aquellos esposos y llana de confianza en su Hijo.

¹⁷ M. QUOIST, *Oraciones para rezar por la calle*, Sígueme, Salamanca 1962, p. 46.